

atolka

VIVIENDA



El programa del Sindicato Socialista de Vivienda de Euskal Herria tiene como principal objetivo recomponer como sujeto al proletariado revolucionario. Este programa no se dirige a la burguesía ni a sus instituciones, sino al proletariado. Y si se interpela a la burguesía y a sus instituciones, eso es porque de este modo se forma el proletariado como sujeto revolucionario, en lucha contra su enemigo. El programa ayuda a definir ese enemigo y a hacerlo de carne y hueso.

Contenido

6

10

22

44

EDITORIAL

Arteka

La opción del comunismo (también) en la cuestión de la vivienda

COLABORACIÓN

Sindicato Socialista de Vivienda de Euskal Herria

Propuesta Política para la Lucha por la Vivienda

ENTREVISTA

Lucía Casado (Sindicato de Vivienda de Carabanchel) y Álex Appel (Sindicat d'Habitatge de Mataró)

Sobre los límites y los retos de la lucha por la vivienda

HISTORIA

REPORTAJE

Xabier Najarro

La toma del poder y el problema de la vivienda en la década de 1920

La opción del comunismo (también) en la cuestión de la vivienda

Editorial

El 10 de junio se presentó el Sindicato Socialista de Vivienda de Euskal Herria con el siguiente programa: 1) Abolición de los alquileres, las hipotecas y la deuda; 2) Fin de la especulación y el rentismo; 3) No a la vivienda social de miseria; 4) Expropiación de la vivienda de fondos buitres y bancos; 5) Contra el urbanismo capitalista y la segregación clasista del espacio; 6) Suspensión de todos los desahucios; 7) Supresión de los filtros racistas, burocráticos y económicos; 8) Vivienda segura; libre de agresores, caseros y policía; 9) No a la pérdida de calidad de la vivienda y la infravivienda; 10) Fin de los cortes de suministros; 11) Por un sistema de vivienda para el libre desarrollo personal; 12) Contra la impunidad de los propietarios; 13) Derecho a ocupar viviendas vacías; 14) No a la represión de la lucha por la vivienda.

En el programa se recogen los principios comunistas y los deberes relativos a la cuestión de la vivienda. Como todo programa, es una práctica de clarificación de principios ideológicos y de objetivos, que recoge las principales problemáticas bajo la forma de traducción política de la teoría comunista

En el programa se recogen los principios comunistas y los deberes relativos a la cuestión de la vivienda. Como todo programa, es una práctica de clarificación de principios ideológicos y de objetivos, que recoge las principales problemáticas bajo la forma de traducción política de la teoría comunista. En el programa –y en los programas– no se recoge, pues, en qué consisten los altibajos de la práctica revolucionaria, es decir, cuáles son los medios tácticos y las condiciones políticas necesarias para su ejecución. ¡Caramba! No se conoce ningún programa que lo recoja, ya que su objetivo no es, en absoluto, explicar cómo se lleva a cabo la expansión organizativa del comunismo, sino clarificar los principios políticos y lograr con ellos la unidad ideológica del proletariado, fundamental para conquistar la condición de sujeto y hacer posible una organización de clase centralizada.

Las reacciones, sin embargo, no fueron pocas, especialmente de parte de quienes desconocen en qué consiste la forma y el contenido de un programa –y la falta de conocimiento, como veremos, no es contingente, sino un mal endémico de una determinada estrategia política–. Especialmente destacable es la valoración que se hizo desde determinados sectores comunistas. Destacable, no porque sea nueva, sino porque, de nuevo, aplicaron la teoría, bajo la forma del dogma, como una receta memorizada, a la materialización social del programa del comunismo, es decir, a su traducción táctico-política, en este caso en la cuestión de la vivienda.

Las citadas valoraciones, sin embargo, no reconocen el menor espacio a la lucha por el comunismo. Y es que la misión de los comunistas no parece ser actuar en la realidad social, sino moverse en círculos en torno a ella o, mejor dicho, en torno a la teoría que la sintetiza. Al fin y al cabo, de facto hacen imposible el comunismo, porque no hay opción para el mismo si no se resuelve teóricamente.

Pero la resolución teórica, si no es el momento de la práctica comunista, ¿qué es sino el medio de hacerla imposible? O, dicho de otra manera: si la resolución teórica se anticipa absolutamente a la práctica, hasta el punto de que la propia resolución de la teoría elimina la posibilidad de la práctica –al menos hasta que la teoría esté completamente completa; lo que es imposible, siempre y cuando la teoría sea el momento de la práctica y no el objeto que se opone a ella–, ¿cuál es, entonces, la relación entre la teoría y la práctica? ¿Cómo puede existir una teoría que renuncia a la práctica, si la principal característica de la teoría es ser síntesis de la práctica?

Sin duda, son diferentes resolver una teoría y dar vueltas alrededor de ella. Esto último tiene más relación con el teorismo burgués que con la teoría revolucionaria; es decir, las controversias en torno a la teoría sustituyen a las discusiones en torno a la realidad y a nuestra práctica social, transformando la necesidad de la teoría en una absurda voluntad de saber, y realizando las discusiones en torno a la misma en la forma de debates pseudocientíficos entre teóricos, en vez de entre militantes políticos.

Así las cosas, el programa presentado por el Sindicato Socialista de Vivienda de Euskal Herria fue objeto de dos tipos de críticas: la primera, una crítica basada en la forma; la segunda, una crítica al contenido. Ambas, sin embargo, se basan en una concepción o contenido idéntico, es decir, ofrecen una visión concreta del comunismo que, sin duda, es contradictoria con la del Movimiento Socialista, como acertadamente señalan los propios críticos.

La crítica a la forma dice que el programa toma la forma de programa, de un conjunto de recetas, y que por eso es reformista. Esta perspectiva, sin embargo, consiste en la negación de la práctica política. De hecho, una estrategia se desarrolla en base a programas tácticos, algo que hay que recoger necesariamente en puntos. Estos puntos, sin embargo, no son reformas, sino reclamos y medidas políticas que se establecen con el objetivo de clarificar la estrategia, primero; y después, y sólo cuando han sido un recurso para la acumulación de fuerzas, se convierten en medidas factibles, probablemente con otra visión más desarrollada y reordenadas según otra lógica.

Si la resolución teórica se anticipa absolutamente a la práctica, hasta el punto de que la propia resolución de la teoría elimina la posibilidad de la práctica, ¿cuál es, entonces, la relación entre la teoría y la práctica? ¿Cómo puede existir una teoría que renuncia a la práctica, si la principal característica de la teoría es ser síntesis de la práctica?

En definitiva, el programa táctico comunista debe permitir la recomposición del proletariado revolucionario, y sus puntos deben ser los medios ideológicos de la táctica cultural que debe hacer posible esa conciencia, y ofrecer a la estrategia comunista una materialización social, al tiempo que se clarifican el programa táctico.

Las críticas centradas en el contenido, por su parte, ven el programa como imposible. Porque, al parecer, su contenido no puede desarrollarse y carece de sentido, siempre y cuando no exista el Partido Comunista. Esto, sin embargo, revela una contrariedad básica. Y es que, si la falta de Partido Comunista cierra las posibilidades a la táctica comunista, el Partido Comunista no será nunca un grado de desarrollo organizativo del proletariado revolucionario, sino la estructura burocrático-vertical que se impone previo a ese desarrollo, y por encima de él: este partido es el comienzo de la práctica y no la forma histórica de organización de la práctica comunista misma.

En definitiva, el programa táctico comunista debe permitir la recomposición del proletariado revolucionario, y sus puntos deben ser los medios ideológicos de la táctica cultural que debe hacer posible esa conciencia, y ofrecer a la estrategia comunista una materialización social, al tiempo que se clarifican el programa táctico

Llevando hasta el extremo esta concepción del Partido Comunista, el Partido se convierte en el espacio organizativo de los sabios, es decir, de aquellos que han adquirido el máximo conocimiento de la teoría convertida en dogma –y, por tanto, no de la realidad–, cuyo deber es insertar desde fuera la conciencia en los trabajadores. Y es que, la conciencia no puede ser el fruto de la práctica, sino su punto de partida, e implica el grado superior de conocimiento de la teoría que no guarda relación alguna con la práctica. Es decir, según este enfoque, el Partido Comunista es el resultado del más alto grado de conocimiento de una teoría "completa" –digamos, convertida en dogma–, aunque el más alto grado de conocimiento, como concepto, solo sea posible en relación a un grado de desarrollo de la práctica social, y no absolutamente, como punto de partida de nada.

La visión del Movimiento Socialista, sin embargo, es otra: el Partido Comunista es el resultado del programa y la práctica/organización comunista, una vez que se han aclarado las tareas y adquirido los medios para la ofensiva. En definitiva, el Partido Comunista es la forma histórica del proceso de constitución en sujeto del proletariado revolucionario, es decir, el desarrollo organizativo de las tareas programáticas asociadas a la práctica comunista.

El programa del Sindicato Socialista de Vivienda de Euskal Herria tiene como principal objetivo recomponer como sujeto al proletariado revolucionario. Este programa no se dirige a la burguesía ni a sus instituciones, sino al proletariado. Y si se interpela a la burguesía y a sus instituciones, eso es porque de este modo se forma el proletariado como sujeto revolucionario, en lucha contra su enemigo. El programa ayuda a definir ese enemigo y a hacerlo de carne y hueso.

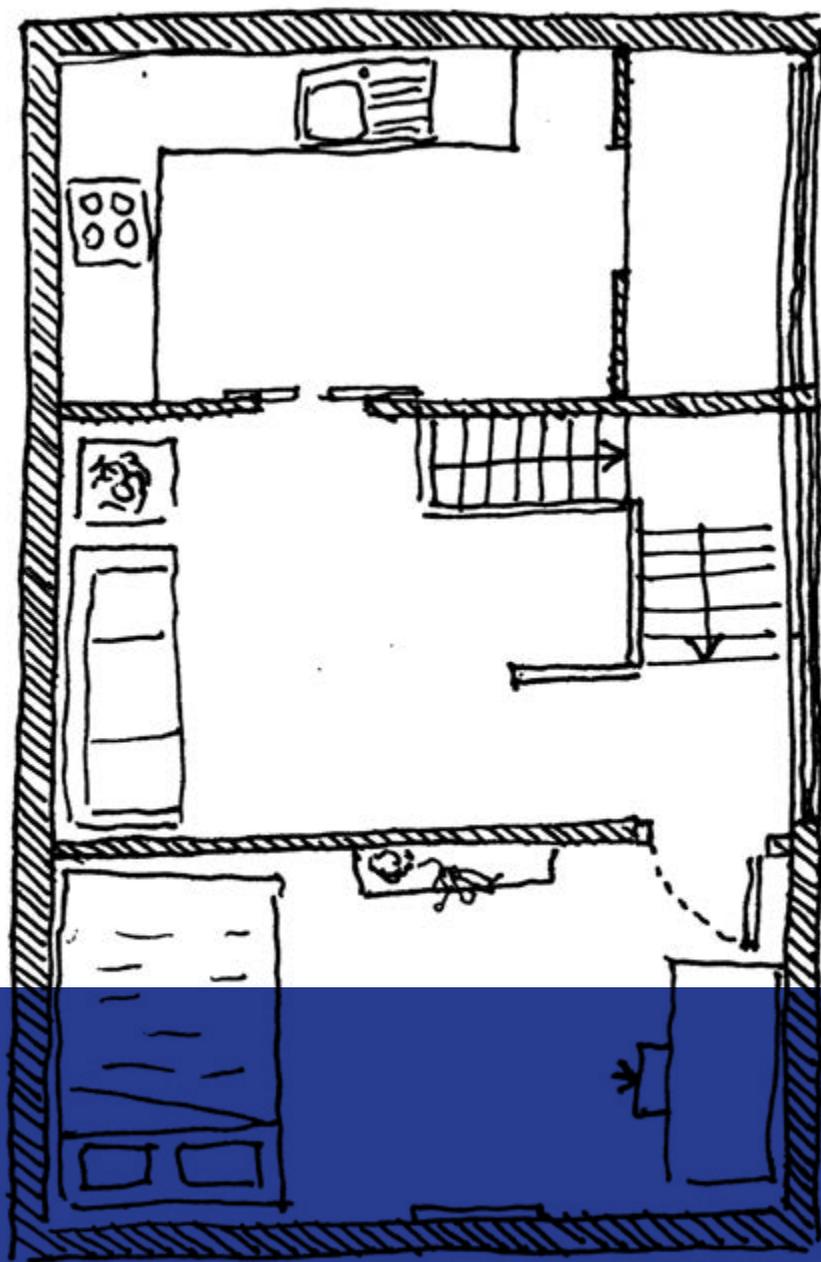
En definitiva, en la cuestión de la vivienda también es posible, e imprescindible, que el programa comunista construya medios para su expansión. Renunciar a eso, es renunciar al comunismo. ●

PROPUESTA POLÍTICA PARA LA LUCHA POR LA VIVIENDA

Texto — **Sindicato Socialista de
Vivienda de Euskal Herria**

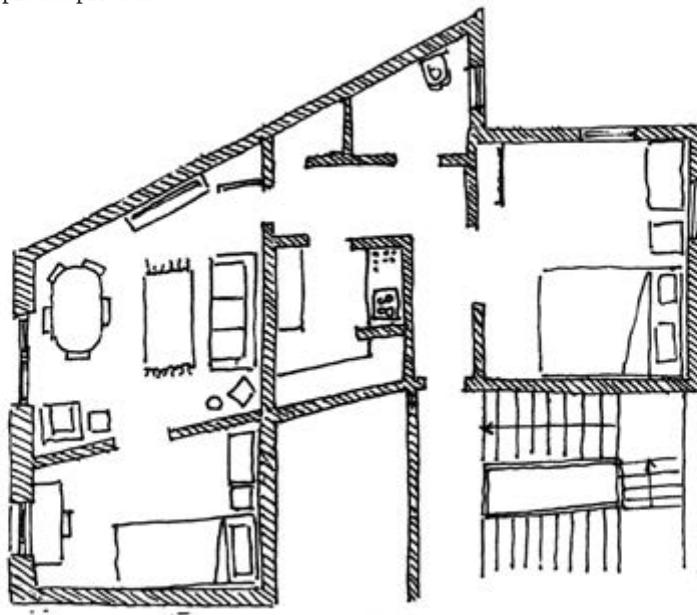
Imagen — **Irene Salvoch**

10



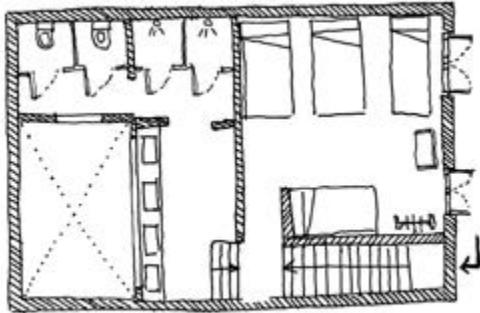
Hubo un tiempo en el que exploradores franceses viajaban al Nuevo Mundo e intercambiaban con las gentes que allí encontraban opiniones sobre los contrastes de la organización social de unos y otros. Gabriel Sagard, un fraile recoleto, fue uno de los primeros misioneros en Nueva Francia, y en sus viajes conoció a los clanes hurones que habitaban el actual Ohio, Ontario y Michigan. Sagard quedó impresionado con estos pequeños clanes, que se confederaban en tribus independientes, construían viviendas estables y vestían ropajes que perturbaban la moral del recatado fraile. Pero, sobre todo, quedó impresionado al ver que sus descripciones del viejo continente Europeo, su cuna civilizatoria, generaron desaire entre los hurones. Sagard les describió París, sus calles adoquinadas, sus obras de ingeniería como puentes o casas de varios pisos; sin embargo, cuando les contó que había barrios en los que los mendigos se apelotonaban, que había miles de personas sin hogar que vagaban por las calles parisinas en busca de hospedaje, pudo ver la profunda desaprobación de los hurones. Tras escucharle, habían deliberado: la sociedad europea les resultó terrorífica, un verdadero fracaso civilizatorio. El fraile francés escribió en sus narraciones sobre estos encuentros, “se creen mejores que los franceses” sentenciaba, y estas palabras llegaron a manos de intelectuales europeos como Locke o Voltaire. Ambos grandes rentistas y ambos creadores de uno de los principios básicos del liberalismo: el Estado como defensor de la vida, la libertad y como no, la propiedad privada.

Siglos más tarde vemos cómo esos mismos cuerpos se apelotonan en las calles de las ciudades americanas: Boston, Nueva York, Detroit... Sin embargo, nadie habla de una civilización fallida. No hay un “otro” que juzgue desde la exterioridad, porque no existe una exterioridad al sistema capitalista. Y todos, inmersos en este sistema de dominación, somos incapaces de siquiera sugerir que otra forma de organización social radicalmente diferente es posible. Puede que para algunos los zombis del fentanilo sean aterradores, o que, para otros, las miles de personas desahuciadas cada día por no poder pagar una vivienda sean un reproche moral que hacer a instituciones y propietarios. Pero nadie puede siquiera enunciar que la erradicación de esos problemas vendría de la mano de una vivienda completamente gratuita, garantizada de forma universal y con un nivel de calidad superior a la media actual. Así, los límites de una sociedad determinada, el capitalismo, se nos muestran como unos límites objetivos e insalvables.



La tarea que debemos abordar para cambiar estas determinaciones es inmensa. Pasa por la reivindicación de un programa político radicalmente emancipador, que en nuestro caso se concretiza en la construcción de un Estado Socialista como garantía de una sociedad sin clases. Pasa también, y para el caso que nos ocupa, por la concreción de ese horizonte estratégico en los múltiples ámbitos de la vida, que hoy se nos presentan como problemáticas parciales. Debemos saber explicar qué implica un Estado Socialista en lo que respecta a la vivienda. Pero todo ello, no puede ser un mero cúmulo de ideas, por muy bien enunciadas que estén; de hecho, de poco les sirvió a los hurones su crítica a los franceses. El dominio colonial se impuso sobre su poesía política y con los siglos, la sociedad capitalista fue impregnando cada poro del territorio. La hegemonía de las ideas no se construye ideológicamente, sino que necesita de un fundamento de poder. Por ello, además de un programa político, se necesita de mediaciones organizativas. No puede entenderse nuestra propuesta de intervención en las luchas salariales a través del concepto político de “autodefensa socialista” sin prestar atención al principal objetivo estratégico que le conferimos a los destacamentos comunistas en la actualidad, que es la construcción del Partido Comunista de Masas. Además, todo ello nos impone unas tareas inmediatas, que debemos abordar desde la centralidad estratégica, pero que podemos concretizar en el ámbito de intervención de la vivienda: hablo de la reconstrucción de la independencia política del proletariado, que implica una profunda ruptura con todos aquellos agentes que han integrado al proletariado en sus programas políticos como un elemento subordinado. Implica también la urgencia de generar estructuras eficientes en la politización del proletariado y eficaces a la hora de desarrollar luchas por la mejora efectiva de sus condiciones de vida actuales. A continuación, trataré de ahondar en todos estos elementos.

Pasa también, y para el caso que nos ocupa, por la concreción de ese horizonte estratégico en los múltiples ámbitos de la vida, que hoy se nos presentan como problemáticas parciales

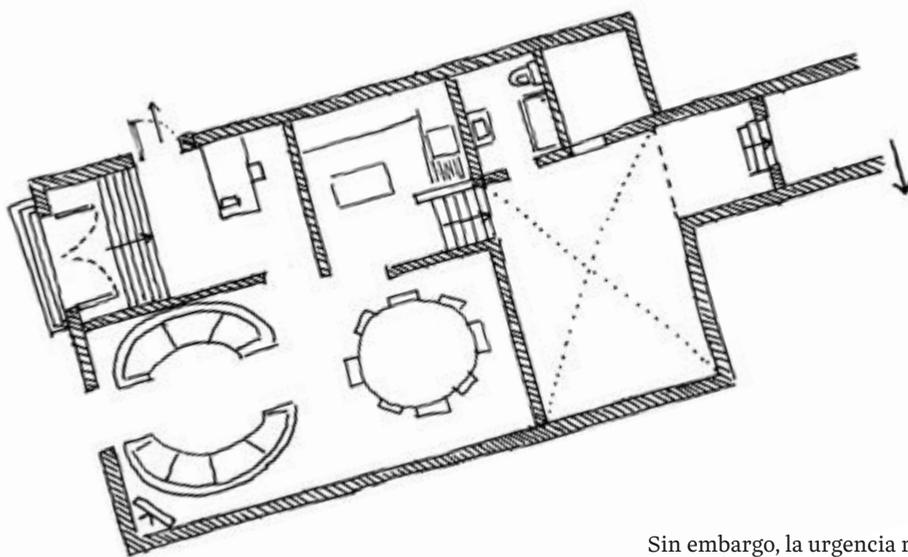


La sociedad capitalista lo hace dentro de los límites marcados por la ley del valor que la riges, es decir, siendo la vivienda una mercancía que produce ganancia para la burguesía y desposesión para el proletariado

ESTADO SOCIALISTA PARA LA CONSECUCCIÓN DE UNA VIVIENDA UNIVERSAL, GRATUITA Y DE CALIDAD

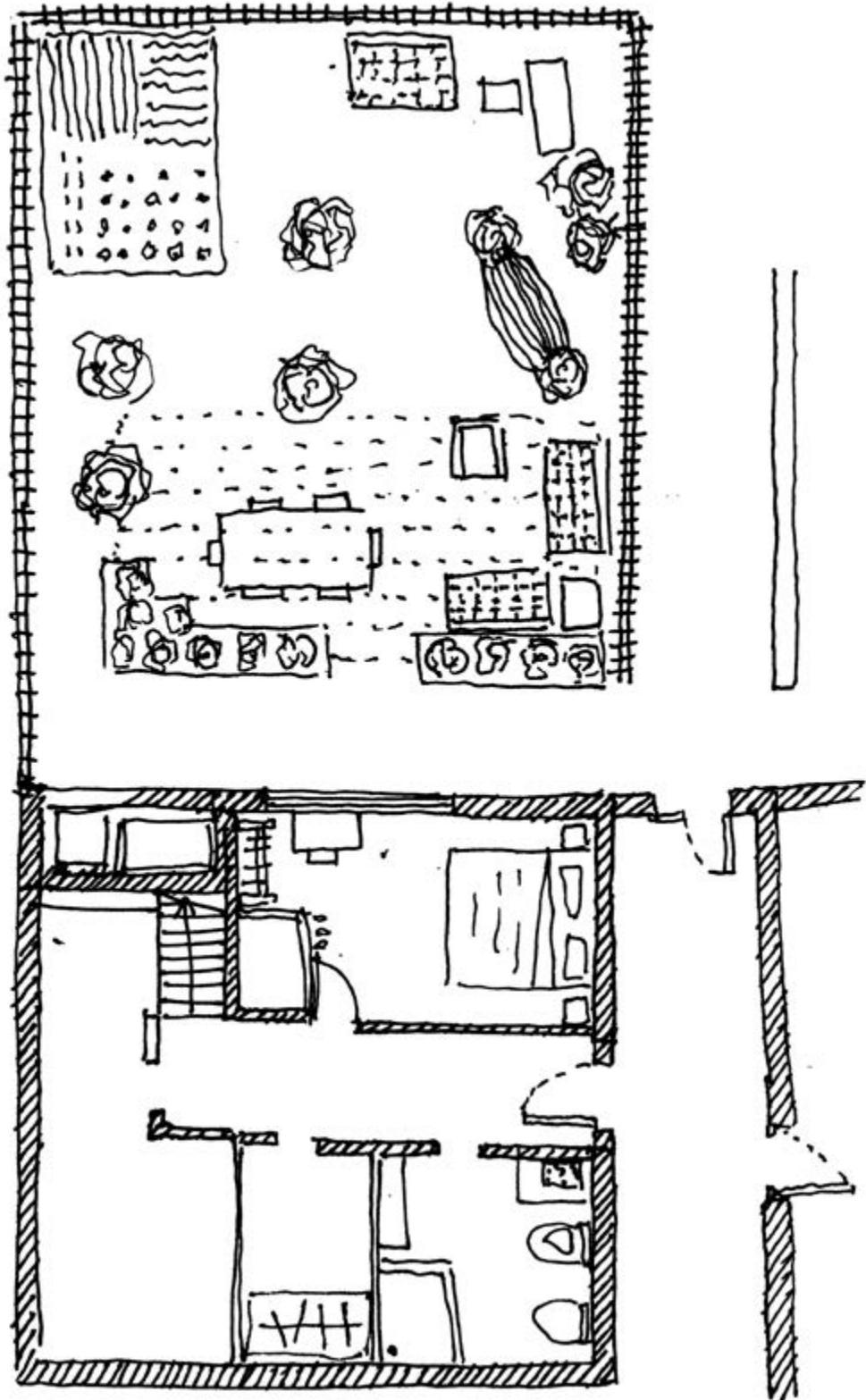
La vivienda es un medio básico de subsistencia y, por ello, toda sociedad tiene que garantizar a su población el acceso a una. La sociedad capitalista lo hace dentro de los límites marcados por la ley del valor que la riges, es decir, siendo la vivienda una mercancía que produce ganancia para la burguesía y desposesión para el proletariado. Lo que denominamos el “problema de la vivienda”, por lo tanto, es un problema derivado de los fundamentos del sistema capitalista. Si para acceder a una vivienda hay que tener dinero, la calidad de la vivienda y la posibilidad de tener una dependerán siempre de la clase social.

La erradicación efectiva de este problema sólo puede venir de la mano de la abolición de este sistema. La abolición del capitalismo, además, sólo puede darse en términos positivos mediante instauración de un nuevo sistema socialista, un sistema caracterizado por una vivienda universal, gratuita y de calidad. El desarrollo de las fuerzas productivas, por vez primera en la historia, nos permite hablar de la posibilidad de un nivel de vida de calidad garantizado de forma universal. Esta posibilidad no es algo abstracto o utópico; esta posibilidad está contenida, amordazada, entre las relaciones sociales capitalistas y debe ser desatada. Es decir, existen las condiciones de posibilidad sin precedentes para garantizar un bienestar social, siempre y cuando se haga bajo una organización racional planificada de las capacidades sociales y productivas. Mientras el Estado burgués, subordinado económica y políticamente al capital, organiza los recursos según las necesidades de la ganancia, un Estado Socialista desarrollaría las potencialidades de todos esos recursos poniéndolos al servicio de una nueva racionalidad. Un sistema de vivienda superior que permita una nueva planificación y centralización de las capacidades, de los conocimientos, de las herramientas, infraestructuras, tecnologías... en fin, de toda la riqueza material e inmaterial producida por la sociedad.



Sin embargo, todo esto es inimaginable para la inmensa mayoría de la sociedad. No porque sea un programa ininteligible o porque resulte demasiado complejo para la capacidad intelectual del proletariado, sino porque no existe como posibilidad real y, por lo tanto, no existe culturalmente. Por ponerlo de forma clara: la idea de una vivienda gratuita no es una idea especialmente complicada, todo lo contrario, y, aun así, antes se nos ocurre que para solucionar los numerosos problemas de la vivienda deberíamos bajar algo el precio –y el debate estaría en cuánto bajarlo y a costa de qué– que la posibilidad de una vivienda completamente gratuita. Esta limitación es extensible a prácticamente todas las problemáticas sociales capitalistas y tiene relación directa con la derrota militar, política y cultural del comunismo en la segunda mitad del siglo XX. En consecuencia, la mayor parte de programas políticos que se postulan como solución al problema de la vivienda lo hacen desde un fingido pragmatismo. Todas las propuestas, por lo menos las políticamente relevantes, son propuestas de reformas concretas que deben darse dentro del marco del estado burgués y las relaciones sociales capitalistas –control de precios, suspensión temporal de los desahucios, despenalización de la ocupación, acceso al crédito etc.–.

Sin embargo, la urgencia reformista, el pragmatismo sindical y la retórica del “menor de los males” tienen poco de realizables. En parte, por los límites impuestos por la propia crisis de acumulación capitalista y el contexto de ofensiva generalizada a las condiciones de vida del proletariado, que merman el margen de maniobra para gobiernos de cariz más progresista. Pero, sobre todo, porque son programas incapaces de erradicar por completo los problemas derivados de la sociedad de clases. Las políticas redistributivas de la socialdemocracia están lejos de llegar a su límite económico, incluso las consignas del espectro reformista actual distan mucho de lo que en su día podrían haber reivindicado los grandes partidos de la socialdemocracia europea. Para el problema de la vivienda, la propuesta reformista se parece más a una suerte de política caritativa para pobres; en nada altera la forma social de la propiedad privada, no pone en tela de juicio ni en lo más mínimo la diferencia en el acceso y la calidad de las viviendas según la posición de clase, no revierte los mecanismos de expulsión del proletariado de su vivienda y reduce ésta a un mero medio de subsistencia. Estos programas de clases medias simplemente asumen que las divisiones sociales son insalvables y defienden su posición particular en el podio capitalista, protegiendo a la pequeña propiedad frente al proceso de concentración de capitales. Para el resto, una gestión más amable de la miseria. Por todo ello, la propuesta socialdemócrata no puede ofrecer un programa político de emancipación universal, debido en parte, a los límites económicos impuestos por la formación social capitalista –más si cabe en su fase actual de ofensiva generalizada a los salarios–, pero, sobre todo, debido a los límites políticos de un programa derivado de la posición social de la clase media, que relega al proletariado a un papel subordinado.



Frente a todo ello, debe desarrollarse, también en el ámbito de la vivienda, una propuesta política que pueda hacer efectivos los intereses universales del proletariado. En este sentido, el recientemente creado Sindicato Socialista de Vivienda de Euskal Herria puso sobre la mesa una propuesta política que merece ser atendida. Es significativo que la presentación de un Sindicato de Vivienda nacional se haga de la mano de la socialización de su propuesta política para la lucha por la vivienda. En primer lugar, porque se aleja de la tendencia presente en muchos movimientos sociales a unir fuerzas sobre bases poco explícitas, generalmente identitarias y a menudo, instrumentalizadas por otros movimientos políticos. Frente a esta inercia, se constituye una organización con unas bases políticas claras, diseñadas a partir de la experiencia y validadas colectivamente. En segundo lugar, porque no se trata de una propuesta política hecha exclusivamente desde el ámbito de la vivienda, sino desde una centralidad estratégica que el Movimiento Socialista está tratando de construir. En concreto, son los Consejos Socialistas los que tratan de responder a la pregunta de cómo podría la lucha por la vivienda servir a la reconstrucción política, económica y cultural del comunismo, y no al revés. Y esto no es algo baladí, ya que el ámbito parcial de la vivienda no puede resolver de qué forma podría superarse efectivamente el problema de la vivienda.

Hay que destacar que la propuesta política que se presentó el pasado junio no es un programa de reformas concretas: ninguno de sus puntos puede aplicarse por completo en la sociedad capitalista, y, al mismo tiempo, todos sus puntos pueden desarrollarse de forma parcial mediante reformas o a través de la organización y centralización de recursos y capacidades. Por ejemplo, pueden forzarse medidas específicas para la paralización de ciertos desahucios, pero mientras exista la propiedad privada, siempre se ejecutarán desahucios. Por lo tanto, se trata de una herramienta para la guerra cultural, y una guía para la lucha diaria por la vivienda. Se trata de hacer comprensible, a través de lo concreto, las potencialidades de un Estado Socialista; de que la superación de cada problema se comprenda a través de la reorganización completa de la sociedad. Esta propuesta política consta de cuatro principales puntos: la abolición de la ganancia capitalista y la instauración de una vivienda gratuita; la garantía de una vivienda para todas las personas, de acceso plenamente universal; la extensión de una vivienda de calidad y la extensión de los derechos políticos del proletariado y de la militancia política en concreto.

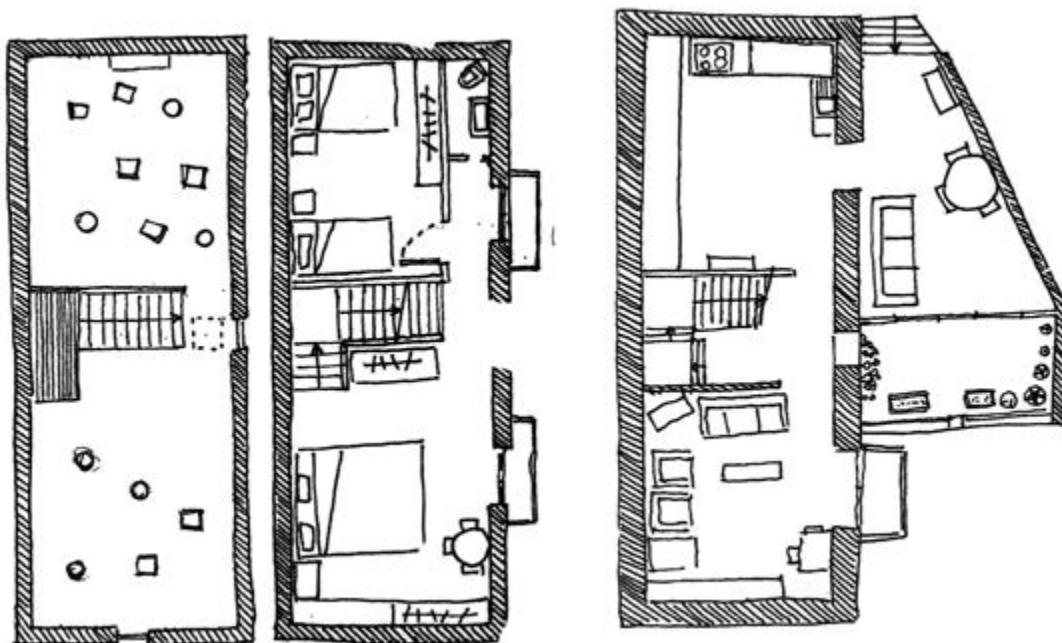
Una vivienda gratuita, a costa de asaltar la ganancia capitalista. Contra quienes postulan que el problema es sólo el alto precio, apostamos por abolir los alquileres, las hipotecas y la deuda, por acabar con la especulación y el rentismo, tanto de la burguesía como de la clase media rentista. Decimos basta al negocio de empresas y Estados con la vivienda social de miseria y reivindicamos la expropiación, por parte del proletariado organizado, de las viviendas de fondos buitres y bancos. Ellos deben vivir mucho peor para que un bienestar mayor pueda garantizarse de forma universal. Asaltar la ganancia implica también luchar contra el urbanismo capitalista y la segregación clasista del espacio que éste produce. Además de la gratuidad, reivindicamos que todas las personas tengan acceso a una vivienda. El acceso universal a los bienes necesarios para la vida acaba con la desposesión histórica del proletariado, contra quienes plantean contrapartidas, filtros o juicios morales sobre las personas pobres. Esto implica que nadie pueda ser expulsado de su vivienda, que no existan filtros racistas, burocráticos y económicos que limiten el acceso para aumentar la ganancia. Pero, además, para que la vivienda sea para todas las personas, debe ser un espacio seguro, libre de agresores, caseros y policía. Y finalmente, hablamos de la calidad de la vivienda. La calidad es fruto de siglos de esclavitud asalariada, de la enorme riqueza social producida bajo el dominio de la burguesía, finalmente expropiada a los expropiadores, organizada y distribuida socialmente. Contra quienes reivindican una vivienda digna para el proletariado y le legan la calidad a la burguesía. Esto implica luchar contra la pérdida de calidad de la vivienda, contra los cortes de suministros y en favor de un sistema de vivienda que no la reduzca a su mínima expresión. Un sistema socialista de vivienda que garantice no sólo un medio de subsistencia, sino un medio para el libre desarrollo personal y colectivo.

AUTODEFENSA SOCIALISTA COMO APORTE A LA CONSTRUCCIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA

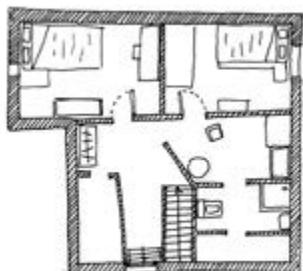
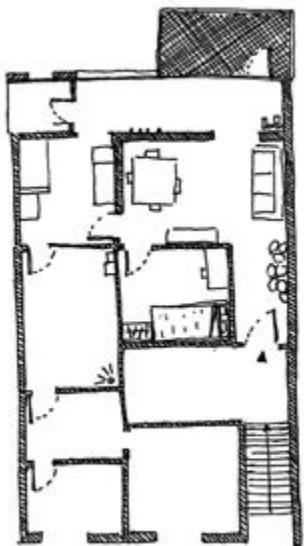
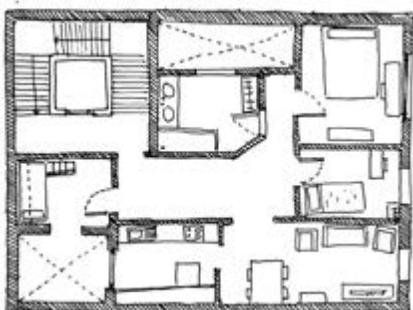
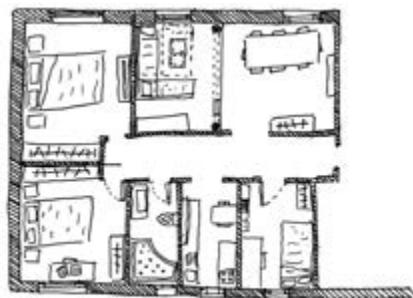
Esta propuesta no pretende ser un documento político que simplemente busque adhesiones a un nivel ideológico; el avance cultural del comunismo no se dará por el simple convencimiento, sino mediante la superioridad organizativa y política de la organización comunista. Por lo tanto, es la organización la que le da sentido a esta propuesta. Es ésta la que señala constantemente los límites de la reforma y aplica estas consignas para avanzar aún más en la construcción del Partido Comunista. Y es ésta la que articula todas las fuerzas obtenidas a lo largo de las diferentes luchas por la vivienda en pro de un programa y una estrategia unitarias. En definitiva, la organización comunista y su programa deben ser la garantía de que las luchas económicas no alimentan el estado burgués y, al contrario, se unen en una enorme fuerza de combate y sirvan a la reconstrucción organizativa, política y cultural del comunismo.

Las luchas económicas son necesarias por pura supervivencia y siempre van a estar ahí, constituyendo la forma más básica en la que se manifiesta la lucha de clases y el espacio más inmediato en el que se agrupa el proletariado. Sin embargo, hay diferentes formas de intervenir en las luchas económicas, y nosotros abogamos por una: la que permita acumular las fuerzas articuladas en estas luchas en torno al proyecto político del comunismo. Para ello, proponemos el concepto de “autodefensa socialista”, una práctica que incluye la necesaria defensa de las condiciones de vida y la lucha por la mejora y extensión de estas condiciones, pero que trata de integrar las fuerzas obtenidas en el proceso de construcción del Partido Comunista. Así, el fin último no pueden ser las mejoras económicas en sí mismas, nunca definitivas, sino mejorar la posición de poder del proletariado en las luchas a través del desarrollo de sus instituciones independientes.

Para ello, el terreno de las luchas económicas es un terreno para la guerra cultural. Mediante ellas se evidencian los límites de la política burguesa, se extiende la experiencia de la organización independiente, aumenta la confianza en la potencialidad de las capacidades propias... En cada una de estas luchas el sentido común debe avanzar un paso más: parar un desahucio tiene que dejar de reforzar la cosmovisión burguesa y debe ser un granito más en la dirección de un nuevo sentido común; un sentido común que rechaza todo tipo de desahucio porque rechaza la obligación económica y política de pagar una vivienda, basada en el hecho de que unos tienen y otros no. Pero no estamos hablando sólo de movilizar opiniones o de cambiar sentidos comunes. La hegemonía de un proyecto no se construye ideológicamente, sino a través de su fuerza política. Por eso, todas estas luchas deben ir dirigidas hacia la creación de instituciones proletarias, es decir, se trata de que las luchas salariales puedan servir para alimentar el control progresivo de la organización independiente del proletariado sobre los procesos sociales. Debemos integrar cada mejora en una nueva organización de la sociedad; se trata de arrebatar el control –privado o estatal– de la burguesía sobre los procesos sociales e ir integrándolo bajo la dirección democrática del proletariado. Las instituciones proletarias, organizadas en todos los ámbitos de la vida, irán integrando dentro de sí y bajo una nueva disciplina social lo arrebatado a la ganancia capitalista. En definitiva, se trata de emplear las luchas económicas para generar espacios de politización del proletariado y para construir una base sólida de cuadros técnicos, capaces de gestionar el mayor número de procesos sociales en el momento en el que pueda imponerse un control efectivo sobre el territorio.



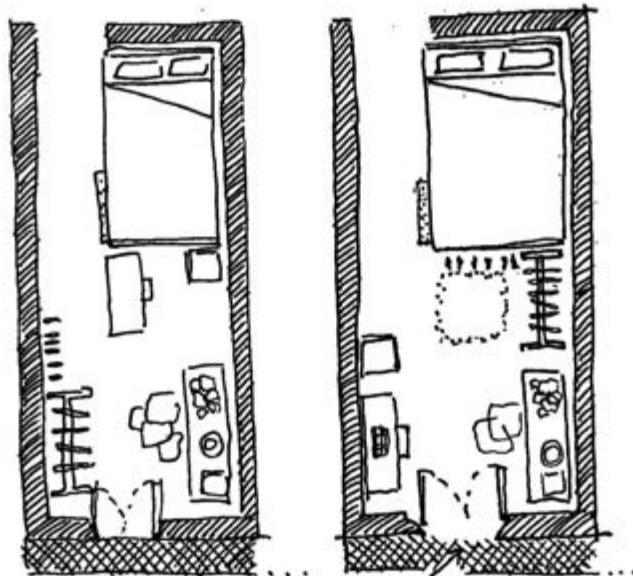
***La que permita acumular
las fuerzas articuladas
en estas luchas en torno
al proyecto político
del comunismo***



Implica, sí, una ruptura política a todos los niveles con las políticas reformistas; una revisión del concepto “movimiento por la vivienda” que aúna intereses interclasistas y la apertura de un espacio político propio

IMPLICACIONES ACTUALES

Todo lo dicho hasta ahora tiene implicaciones que deben tenerse en cuenta inmediatamente. De forma preliminar enumero cuatro de las principales tareas que deberían abordarse desde los agentes que trabajan en la lucha por la vivienda desde una perspectiva revolucionaria: en primer lugar, debe afinarse el análisis sobre las limitaciones de las que la lucha por la vivienda y sus principales agentes han adolecido hasta ahora. Este análisis no puede limitarse a las limitaciones de las tácticas sindicales, más o menos acertadas en algunos casos, sino que debe ahondar en las deficiencias estratégicas que han permitido relegar a estas iniciativas a un papel de “movimiento social” instrumentalizable por ciertos partidos parlamentarios. En segundo lugar, este análisis crítico debe servir como prelude para un debate profundo y sincero sobre las cuestiones expuestas previamente. Urge articular espacios de debate estratégico sobre la base de estos principios irrenunciables: la necesidad de construir una sociedad sin clases y sin ningún tipo de opresión, y el apremio de hacerlo mediante la construcción de la independencia política del proletariado.



La independencia política del proletariado no debe entenderse como la organización de espacios exclusivos para el proletariado sociológico, sino, como se ha venido apuntando, como la reconstrucción ideológica y organizativa de los intereses universales del proletariado, es decir, del proletariado como sujeto político revolucionario. Esto tiene implicaciones, también en la lucha por la vivienda: implica desembarazarse de los lazos que se han establecido entre estos espacios y organizaciones socialdemócratas. Implica, sí, una ruptura política a todos los niveles con las políticas reformistas; una revisión del concepto “movimiento por la vivienda” que aúna intereses interclasistas y la apertura de un espacio político propio.

Por último, este proceso debe ir acompañado del desarrollo de una táctica sindical efectiva y en consonancia con los objetivos y principios antes mencionados. Esto implica reevaluar las tácticas empleadas por los sindicatos de vivienda y otras organizaciones sindicales y reformistas: muchas de sus herramientas nos serán útiles y otras deberán sustituirse. Existe un cúmulo de conocimientos acumulados en la práctica sindical que nos es plenamente útil –mecanismos de presión, conocimiento del enemigo, medios de agitación y propaganda etc.– y otras formas de funcionamiento que entran en abierta contradicción con nuestra comprensión de la autodefensa socialista –la burocratización, la elección preferencial de conflictos con grandes propietarios, la proclamación de consignas y reivindicaciones que atentan contra la unidad de clase y privilegian los intereses de unos sobre otros etc.–. Todo ello debe conducirnos a refinar un modelo de lucha salarial efectiva que sirva a la organización política del proletariado revolucionario a la par que a la mejora de las condiciones de vida actuales. ●

ENTREVISTA

ENTREVISTA A DOS MILITANTES
EN LA LUCHA POR LA VIVIENDA
DE MADRID Y BARCELONA

Sobre los límites y los retos de la lucha por la vivienda





Lucía Casado, Sindicato de
Vivienda de Carabanchel

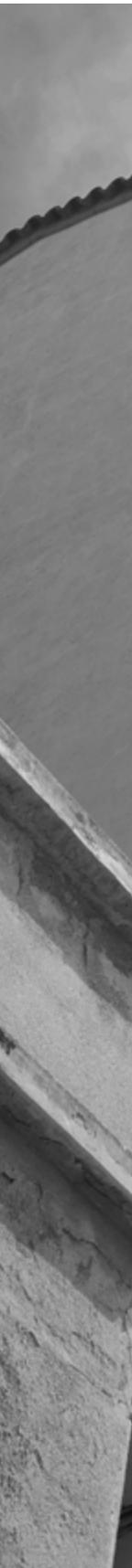
Álex Appel, Sindicat
d'Habitatge de Mataró

Para empezar, ¿podrías explicarnos qué agentes intervienen políticamente en la problemática de la vivienda en vuestro territorio? ¿Qué propuestas políticas ponen sobre la mesa y qué tácticas les distinguen?

Lucía: Para responder a esta pregunta es importante aclarar que resulta difícil establecer una caracterización muy nítida de los distintos agentes que intervienen en el movimiento de vivienda madrileño. Esto no solo se debe a que las sensibilidades políticas y los modelos organizativos puedan ser muy dispares —tanto entre colectivos como dentro de cada uno de ellos—, sino también a que rara vez se han hecho explícitos determinados debates políticos. Dicho esto, sí que podríamos distinguir una serie de actores, aunque repito que no es una clasificación que responda a posicionamientos explícitos de cada colectivo, sino más bien a tendencias un tanto ambiguas.

En primer lugar, las marcas PAH y Stop Desahucios todavía mantienen su presencia en algunas ciudades y barrios del sur como Usera, Vallecas, Leganés, Alcorcón, Parla o Móstoles. Se trata de grupos locales que han ido perdiendo actividad y militancia a medida que el principal foco de conflicto se trasladaba de las estafas hipotecarias al incremento del precio del alquiler, debido a una cierta incapacidad para renovar su modelo de intervención, así como para tener un relevo generacional y mantener cierta autonomía respecto a los partidos políticos de izquierdas. Estos colectivos, aunque con algunas diferencias entre ellos, se basan fundamentalmente en las asesorías colectivas, las acciones de presión a la propiedad y de desobediencia, la negociación extrajudicial y la lucha por reformas legislativas. En sus momentos más álgidos (2010-2013) contaban con una importante red de profesionales de la abogacía que les respaldaban, capacidad para poner en marcha “obras sociales” (okupación de bloques de vivienda), apoyo social y mecanismos de coordinación a nivel estatal como para elaborar propuestas legislativas propias (la famosa ILP de “las 5 de la PAH”). No obstante, tanto sus formas organizativas y de intervención como sus discursos o propuestas políticas siempre han discurrido en la informalidad, presuponiendo los principios del asamblearismo y la horizontalidad a la hora de funcionar cotidianamente y tratando de aglutinar a la gente en torno a la demanda de “derecho a una vivienda digna”. En cuanto a su composición, la principal novedad y potencialidad que introducen es que ponen en contacto a sectores del proletariado que normalmente no se organizan juntos, con una fuerte presencia de mujeres migrantes y racializadas, especialmente en territorios como el sur de Madrid.

Con la irrupción de Podemos y las candidaturas municipalistas a partir de 2014-2015 se produce un importante trasvase de activistas cercanos a la PAH a las instituciones, además de una clara asimilación de sus discursos y demandas. Esto, sumado al descenso del conflicto en torno a las hipotecas (debido en parte a alguna medida social como las moratorias) y a la proliferación de conflictos internos en los colectivos, ha llevado a la desaparición o al fuerte debilitamiento de muchos de estos grupos locales. En Madrid esto se ha materializado en la descomposición de la Coordinadora de Vivienda, que aglutinaba a muchos de estos colectivos, y en la actividad testimonial que mantienen la mayoría de los que todavía tienen algo de presencia. Quizás aquí habría que hacer una mención especial a PAH Vallecas, que sí ha mantenido un importante nivel de actividad. En su caso, el fuerte tejido social y asociativo del barrio, además de su participación en un Centro Social como La Villana, les ha permitido tejer alianzas más sólidas con otros colectivos y estructuras populares (grupos antirracistas y feministas, despensas solidarias, asociaciones de vecinos, etc.). Además, su relación con los partidos y las instituciones siempre ha sido más conflictiva que en el caso de otros grupos.





Es importante aclarar que resulta difícil establecer una caracterización muy nítida de los distintos agentes que intervienen en el movimiento de vivienda madrileño. Esto no solo se debe a que las sensibilidades políticas y los modelos organizativos puedan ser muy dispares, sino también a que rara vez se han hecho explícitos determinados debates políticos

En los últimos tiempos hay quienes han ido tomando conciencia de algunos de estos límites, cada cual, con su lectura al respecto, de forma que al menos se han empezado a abrir algunos debates necesarios



Por otra parte, el Sindicato de Inquilinas es otro de los principales agentes que intervienen en la lucha por la vivienda en Madrid. Nace en 2017 y parte básicamente de dos

diagnósticos: en primer lugar, que la problemática principal en torno a la vivienda se había trasladado de las hipotecas a la burbuja del alquiler, y que por tanto el sujeto político a organizar debía ser el “inquilinato”; en segundo lugar, que era necesario dar un salto organizativo, dejando atrás en la medida de lo posible la informalidad y el asistencialismo que había caracterizado al movimiento de vivienda, por lo que introducen las cuotas de afiliación, las liberaciones y un modelo de acción sindical centrado en los conflictos colectivos, en el mejor de los casos organizando bloques cuya propiedad sea de un gran tenedor. Este colectivo acertó en la lectura del cambio de coyuntura económico-financiera, lo cual le permitió tener un relativo éxito inicial (sobre todo entre la población joven, que vive mayoritariamente de alquiler). Además, la selección estratégica de conflictos, la mejor capacidad económica y las innovaciones táctico-organizativas les han permitido sostener grandes conflictos colectivos, tener una importante presencia mediática y dar servicios rápidos de asesoría jurídica a numerosas personas, consolidando paulatinamente una estructura organizativa. Su composición es bastante diferente a la que tenía la PAH: mayoritariamente está integrado por activistas y militantes jóvenes con formación universitaria, algunos de ellos conocidos al mismo tiempo por sus trabajos profesionales de análisis e investigación sobre la vivienda. Cabe decir que este sindicato sigue la estela del barcelonés, más avanzado en estructura y objetivos al estar vinculado con La Hidra y el Observatori DESC. En este espacio conviven militantes que se catalogarían a ellos mismos bajo diversas sensibilidades políticas, desde anarcosindicalistas hasta reformistas. Aunque internamente no tengan una estrategia política clara, su intervención apuesta por la organización colectiva de inquilinos ya mencionada y en proponer cambios

legislativos usando de altavoz estos mismos conflictos. Así, intentan colocar en la agenda mediática problemas vinculados al alquiler y generar con ello un cambio en la opinión pública que suponga, de nuevo, una presión al partido político que gobierne en ese momento para conseguir una legislación más favorable para el inquilinato, el cual entienden como su sujeto a organizar (aunque no definan quién es este más allá de “quien paga un alquiler”).

Por último, estarían los Sindicatos y Asambleas de Vivienda (Carabanchel, Tetuán, Villalba) y los Sindicatos de Barrio como Moratalaz u Hortaleza, algunos nacidos al calor de la apuesta por nuevas formas organizativas barriales de corte sindical que se lanzaron desde Catalunya a partir de 2015-2016, y otros con trayectoria previa vinculada al 15M o la PAH (incluso tiene sentido ubicar a la mencionada PAH Vallekas en este grupo). Bajo estas formas organizativas se quería generar un sujeto político unido al territorio, abordando con ello las diferentes problemáticas que pudieran atravesarle y apostando por el conflicto como su principal herramienta táctica. Con el coste represivo cada vez mayor, la asimilación ideológica de algunas de estas estructuras por la socialdemocracia (pese a mantener muchos de ellos un discurso explícitamente anticapitalista) y un descenso en la sensibilidad pública hacia conflictos como los desahucios, estos colectivos han encontrado en la falta de orientación estratégica la causa principal de su repliegue. Además, en el plano de acción sindical apenas han logrado ir más allá de los mecanismos aprendidos por parte del legado de la PAH. Sin embargo, es cierto que en los últimos tiempos –al menos en este último sector– hay quienes han ido tomando conciencia de algunos de estos límites, cada cual, con su lectura al respecto, de forma que al menos se han empezado a abrir algunos debates necesarios.



Álex: En términos políticos, en Catalunya siempre ha habido dos espíritus en lucha por la vivienda: el espíritu de cambio de leyes y movilización ciudadana y el espíritu “revolucionario” que entendió la lucha por la vivienda como una expresión de la lucha de clases. Las propuestas políticas y las tácticas se han correspondido siempre con estas dos tendencias de fondo. Promoción de leyes y protesta ante su bloqueo o derogación y presencia fuerte mediática contrastaban con las ocupaciones de pisos, espacios o bloques para realojo y organización, las acciones de presión contra propietarios, etc... Diciendo esto, no podemos caer en el error o la simplificación de delimitar estos dos espíritus a uno u otro agente político, pues han tenido presencia en la totalidad del movimiento de diversas formas. Esto vale para la PAH, para el Sindicat de Llogateres o para los Sindicats d’Habitatge, que son los tres agentes principales de la lucha por la vivienda en Catalunya. Ha habido siempre una dinámica de tironeo entre estas dos tendencias, ya sea internamente a dichos agentes, ya sea entre ellos, cada uno representando una posición política diferenciada, como también ha habido consenso y acción, digamos unitaria, en diversas ocasiones.

En ese sentido, nuestra lectura como militantes socialistas en vivienda es que los dos espíritus son caras de una misma moneda: la falta de independencia política del movimiento por lo que respeta a la agenda de los partidos de izquierdas, su límite en forma de círculo vicioso de movimiento social subalterno a la socialdemocracia. Las partes, digamos, “reformistas”, han defendido este modelo como válido, ya sea abierta o implícitamente. Las tendencias revolucionarias no han sido capaces de elevar más allá de lo local o de la radicalidad discursiva su práctica y propuestas, solo de manera muy puntual, ni tampoco han podido romper la influencia fuerte del estado y los partidos. Al decir esto no nos abstraemos: hemos formado parte de esta dinámica, nos hemos formado y politizado en el fango de la vivienda, para lo bueno y lo malo. Buena parte de las reflexiones que nos llevan a entender la necesidad de la organización comunista y el principio de la independencia política proletaria vienen de allí, de esas experiencias. Y ojo, eso justamente no significa que ahora tiremos al niño con el agua sucia: nosotros nos proponemos interpelar a los que se reconocen en el movimiento por la vivienda con en este espíritu revolucionario, haciendo propuestas que nos saquen de la impotencia.





Nosotros nos proponemos interpelar a los que se reconocen en el movimiento por la vivienda con en este espíritu revolucionario, haciendo propuestas que nos saquen de la impotencia

Con la crisis del 2008 surgieron en torno a las ejecuciones hipotecarias diversas iniciativas como las PAHs. Pronto encontraron sus límites y en unos años, surgieron los sindicatos de vivienda que hoy conocemos en muchos barrios o los sindicatos de inquilinos. ¿Qué renovaciones incluyen a nivel político y táctico respecto al ciclo anterior?

Lucía: En un primer momento, en torno al llamado “asalto institucional” protagonizado por Podemos y las candidaturas municipalistas, algunos sectores militantes barajaron la hipótesis del partido-movimiento. Así, se entendía que debía haber una vinculación, que incluso podría llegar a formalizarse, entre partido y movimientos sociales, entre los que se incluía al de vivienda y a la PAH como uno de los más significativos y representativos del ciclo político al que se trataba de dar continuidad. Así, durante un tiempo, se operó bajo la idea de tener “un pie en la calle y otro en la institución”, en tanto que la segunda debía servir para expandir las condiciones de posibilidad de la primera en un momento en el que los movimientos sociales se encontraban en estancamiento y reflujo, y, por su parte, los movimientos debían “empujar desde la calle” los gestos llevados a cabo en el interior de la institución. Se comprendían como dos partes que debían articularse juntas y que de su tensión podría impulsarse una mayor “democratización”.

Sin embargo, en torno a 2017 (aunque siempre había habido voces críticas), se constataba el fracaso de este modelo, entre otras cosas por la “traición” que acometió Podemos en la atención prestada al movimiento según el momento fuera de oposición o de campaña. De esta forma, se pasaba a barajar otra hipótesis, que no era la del trabajo complementario sino en paralelo, debiendo tomar los movimientos caminos que garantizaran su autonomía y no plegarse, en ningún caso, a los ritmos institucionales, sino que incluso debían desbordarlos (“lograr ser irrepresentables”). Además, en lo que respecta al movimiento de vivienda, el contexto económico-financiero había cambiado sustancialmente hacia la burbuja inmobiliaria vinculada a los alquileres. Aunque hay una mayoría de la población en España que sigue siendo propietaria de una vivienda (parte de ella todavía hipotecada), el mercado del alquiler ha ido creciendo progresivamente y, en las zonas urbanas más grandes del Estado, el precio de estos alquileres se ha disparado por completo como consecuencia de un proceso especulativo favorecido por la entrada masiva en el negocio del alquiler de fondos de inversión internacionales y de largos procesos de gentrificación y turistificación de las ciudades. Además, a esta problemática le acompaña el fenómeno del “rentismo popular”, es decir, el hecho de que un determinado porcentaje de las clases medias obtiene rentas del alquiler y se beneficia de este incremento constante de los precios, una cuestión que el movimiento de vivienda nunca ha sabido o querido abordar.

Es en este nuevo marco en el que el sindicalismo social cobra relevancia, se considera el modelo adecuado para revertir la pérdida de fuerza de los movimientos sociales. Consiste en el abordaje de las problemáticas y vivencias más concretas que devienen de la crisis capitalista a través de mecanismos de apoyo mutuo. Se entiende que permite reconocer e integrar a la lucha experiencias que hasta ahora los mecanismos sindicales tradicionales no incorporaban por estructurarse casi exclusivamente en torno al salario directo. De esta forma, se propugna la proliferación de experiencias de asociacionismo como las ya existentes en el momento, entre las que la PAH se considera un ejemplo replicable y una plataforma de partida. Pese a que no existe una ruptura total con el ciclo anterior, no deja de ser sintomático la adopción de lógicas y lenguajes sindicales, algo seguramente impensable unos pocos años atrás, en los que la herencia 15M había generado un fetiche del asamblearismo y la horizontalidad, así como una sospecha hacia cualquier atisbo de organización más “clásica”. Se puede observar, por tanto, que se empieza a discutir sobre la necesidad de “organizarse más y mejor”, por muy abstracto y difuso que pueda sonar.

Este marco subsiste hoy de diversas formas. Por un lado, estaría la apuesta por generar “comunidades en lucha” como en Madrid podría representar PAH Vallekas, tratando de expandir su acción en el barrio más allá del ámbito de la vivienda y constituyendo otras estructuras que nacen vinculadas a la primera, como escuelas populares o despensas solidarias. Por otro lado, el Sindicato de Inquilinas apuesta por las negociaciones colectivas por propietarios y por posicionarse en conflictos a corto plazo (subidas del IPC, gastos de inmobiliarias...), para colocarlos así en la agenda mediática y presionar por el cambio legislativo que lleve aparejado ese conflicto. Por último, podemos decir que entre 2020 y 2022 se han hecho las apuestas más explícitas de sindicalismo social bajo la voluntad de superar el barrionalismo. Así, desde sindicatos barriales como el de Carabanchel se lanzaron propuestas de corte más sindical y colectivo a la hora de enfrentar el conflicto contra la propiedad, como fórmula para subvertir las formas profundamente asistencialistas, personalistas y estériles (incluso corruptas, a veces) en las que el movimiento se adentraba. Esta apuesta respondía a la influencia de los procesos que se daban en el ámbito de la vivienda catalán y sus apuestas tras el *1r Congrés d'Habitatge*, el Primer Congreso de Vivienda, (sindicatos por barrios/municipios, estructuras populares, campaña conjunta del movimiento, conflictos colectivos...). Si bien introdujeron aire fresco en el movimiento, es sintomática la especial descomposición y debilidad del movimiento de vivienda en Madrid desde hace años debido a una ausencia absoluta de estrategia y de contenido político.

Como fórmula para subvertir las formas profundamente asistencialistas, personalistas y estériles (incluso corruptas, a veces) en las que el movimiento se adentraba



A partir de 2015 se fortalece en Cataluña el modelo de los sindicatos de vivienda. ¿Qué elementos favorecen esta extensión y hasta qué punto pudo considerarse una “ventana de oportunidad” con fecha de caducidad? Si así lo era, ¿hubo alguna reflexión explícita al respecto entre los colectivos que trabajaban la problemática?

Álex: Exacto. Pero haría un matiz a lo que dices: la ventana de oportunidad, desde mi punto de vista, es la misma que se abrió en 2008. El problema entonces fue que los círculos más militantes o revolucionarios, salvo algunas excepciones, no supimos verlo. Entre 2015 y 2019 lo que se da es una corrección de esta falta de vista: las tradiciones activistas más “revolucionarias” aprovechan el reflujo de la PAH BCN y que el Sindicat de Llogateres i Llogaters (Sindicato de Inquilinas e Inquilinos) aún no tiene músculo organizativo para lanzar sindicatos y se difunde la concepción de la lucha por la vivienda como expresión de la lucha de clases. Un episodio más del tironeo entre el espíritu revolucionario y el reformista, si queréis. Pero aquí rige más la lógica de que en política no existen espacios vacíos, un vacío interno del movimiento que nosotros vemos y llenamos.

A partir de eso, la ventana de oportunidad con la que nos encontramos es lo que quedaba aún abierto a raíz de la crisis del 2008 y el periodo alcista de luchas que originó. Sociológicamente, los nuevos sindicatos representaban una combinación de jóvenes militantes con proletariado hondo como base social, menos amplia que en la primera PAH. Y el grado de movilización del resto de la sociedad era ya mucho menor. Pero se supieron aprovechar bien los resquicios para promover conflictos, victorias y movilización cotidiana, se consiguió entre 2015 y 2019 determinar la agenda política y tener iniciativa política revolucionaria. El *1r Congrés d'Habitatge*, la consolidación de las tácticas de acción sindical y estructuras populares y la extensión de los sindicatos más allá de Barcelona son resultados de esa capacidad.

Pero un elemento de autocritica claro es que en su momento no supimos ver como de concreto y coyuntural era ese contexto, quizás cegados por cierta euforia. Como de movilizados estábamos, pero como el resto de la sociedad y la clase lo iban estando cada vez menos. Más adelante hubo algunos intentos de reflexionar y coagular organizativamente todo ello por parte de militantes de Endavant y Arran que participábamos de la lucha por la vivienda, pero la mayoría fueron expulsados o salimos de tales organizaciones durante la ruptura del curso pasado y se perdió la iniciativa de esas reflexiones o propuestas.





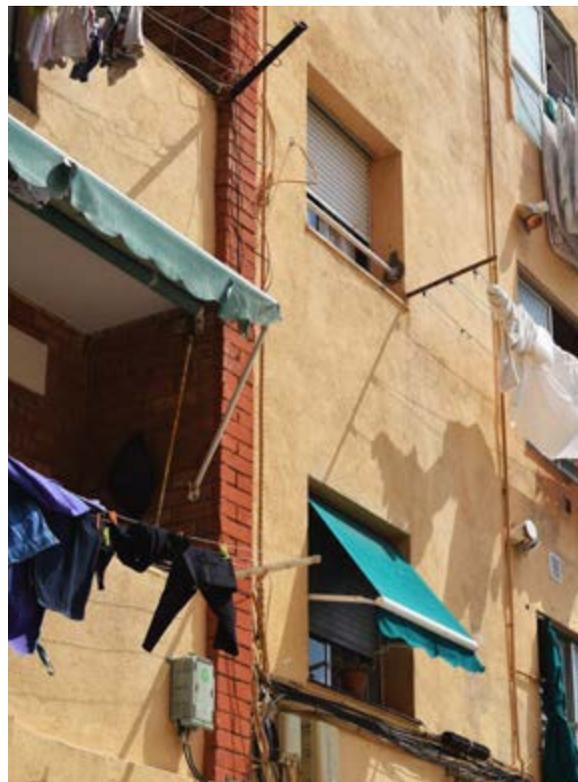
Pero aquí rige más la lógica de que en política no existen espacios vacíos, un vacío interno del movimiento que nosotros vemos y llenamos

¿Creéis que este modelo está mostrando signos de agotamiento? Si así lo consideráis, explicar qué límites os habéis encontrado.

Lucía: Desde luego, los signos de agotamiento de las formas que venía adoptando la lucha por la vivienda son evidentes especialmente desde la pandemia, y esto no es algo que yo diga o que plantee únicamente el Movimiento Socialista, sino un sentir generalizado en gran parte del movimiento, a excepción de algunas voces más triunfalistas en base a ciertos intereses corporativistas. Es evidente la menor capacidad para parar desahucios tanto en la puerta como por los mecanismos burocráticos habituales, el aumento de la criminalización de la okupación y la represión, la menor capacidad de movilización y el vacío estratégico generado por años de lucha en la inmediatez y la urgencia.

Cuando presentamos los Encuentros por el Proceso Socialista en octubre, una de las ponencias trataba precisamente sobre los límites con los que habíamos chocado algunas militantes en la lucha por la vivienda en los últimos años. Principalmente eran límites a nivel organizativo, a nivel teórico-estratégico y derivados de la sectorialidad. En lo organizativo, por un lado, nos referimos a la debilidad de la estructura interna de las asambleas y sindicatos, que favorecen que las fuerzas militantes queden absorbidas por la urgencia y las dinámicas asistencialistas, dificultando enorme-

mente los espacios de reflexión o la innovación táctica. Por el otro, encontramos la atomización que caracteriza al movimiento de vivienda, con asambleas o sindicatos organizados generalmente por barrios o pueblos y vínculos laxos entre ellos. La “autonomía” de la asamblea ha sido vista como algo naturalmente positivo, ocultando así las relaciones y los roles de poder que se dan en ellas a través de una suerte de “vanguardias” militantes que al fin y al cabo acumulan la capacidad de decisión. A su vez, esto se complementaba con una visión fantasmagórica de toda hipótesis que superase esa atomización, bajo el miedo a perder dicha autonomía que en último término se traduce en miedo a perder poder. Todo esto ha derivado en el paradigma de la coordinación, es decir, en la idea de no entenderse como un todo sino como una suma de partes cada una con sus propios posicionamientos, que en última instancia son contradictorios entre sí pero que nunca se revelan. Y esto es aplicable tanto al movimiento de vivienda como a la forma en que se concibe éste en relación a otras luchas. Y esto no es solo una crítica a las coordinaciones puntuales (que pueden ser útiles en determinado momento), sino también al establecimiento orgánico de coordinadoras con sus funciones, subgrupos, acuerdos de mínimos e incluso marca propia, en las que, sin embargo, cada colectivo no deja de pretenderse como una parte totalmente autónoma del resto.



A su vez, las carencias organizativas y la sectorialidad refuerzan lo que son en el fondo los principales límites: los estratégicos. La ausencia de espacios de formación y debate político profundo en y entre los distintos actores impide clarificar, elaborar y confrontar las distintas posturas, compartir un análisis de coyuntura o elaborar una estrategia conjunta. Esto limita mucho la actividad cotidiana, pues, al no tener claro a qué se va ni cómo se llega hasta ahí, ocurre que en un mismo espacio se despliegan tácticas o discursos contradictorios entre sí, y tampoco hay mecanismos eficaces para aprender de la experiencia acumulada.



Álex: Creo, que, básicamente, más que señales de agotamiento, se está ya cerrando el período que permitió a una mezcla de astucia y voluntad desarrollar prácticas de lucha y defensa cotidianas mucho más avanzadas que el estado general de movilización de la sociedad, por no hablar del grado de articulación política del proletariado como sujeto histórico. Eso ha ido pasando sobre todo a partir del corte abrupto de la pandemia, siguió gradualmente entre 2020-2021 y se ha agravado este último curso. La capacidad de ocupar casi como queríamos, de defender desahucios durante años e intentos... creo que todo eso tuvo un punto de espejismo. Aunque hayamos tenido interesantes experiencias de control del espacio y de conflicto, tenemos que reconocer que las desarrollamos en base a la cierta permisividad del estado, no por una situación de movilización generalizada o caos en la que intervinimos, ni tampoco por un avance del poder del proletariado en términos organizativos. Saber “aprovechar” un contexto fue algo positivo, pero principalmente nos faltó visión estratégica y tener claro para qué proyecto estábamos trabajando, más allá de lo inmediato y las voluntades.

Con esto no estoy afirmando que los sindicatos de vivienda hayan dejado de ser útiles. Allí estamos, clavados y trabajando. Pues la problemática de la vivienda sigue diezmando las condiciones de salario y vida del proletariado, ocupa centralidad política y económica en el capitalismo español y genera tensiones y degradación en los barrios de clase trabajadora que son nuestro ámbito territorial de actuación prioritaria. Mientras esto siga siendo así, seguirán siendo necesarios los sindicatos. Pero hay que asumir que ahora mismo no estamos en un momento alcista de movilización social, sino justo al contrario, y que en paralelo está en marcha una ofensiva mediática, judicial y policial, que ya está afectando al movimiento, sobre todo a nuestro modelo organizativo. Esta es la limitación más reciente con la que hemos topado, pero conecta con cuestiones a resolver, límites si quieres, que han existido siempre, también en los momentos más álgidos. Allí estaría la dificultad de doblegar a enemigos como los fondos buitres, que ha ido a peor desde su aparición, la brecha en la politización y compromiso entre “afectados” y “militantes”, la escala organizativa de “asamblea” con su límite de saturación y la dificultad de generar otras escalas funcionales, por poner algunos ejemplos.





Es habitual entender límites de índole estratégica a través de deficiencias organizativas o a través de la insuficiencia en las tácticas sindicales. Un buen ejemplo de las limitaciones políticas que han tenido los sindicatos de vivienda es la instrumentalización que los partidos socialdemócratas han hecho de sus esfuerzos. ¿Cuál es vuestra experiencia al respecto y qué os suscita esta idea?

Álex: Te daré dos ejemplos. El primero, es lejano a mi inicio militante en vivienda: el uso claramente instrumental para fines electorales que el sector DESC y Ada Colau hicieron de la PAH. Aunque esta se declarara apartidista en sus inicios e independiente, el liderazgo y la retórica ciudadanista se impuso a su vitalidad proletaria inicial, encarrilando la debilidad de tal marco de demandas, que eran muchas veces la traducción económica de críticas morales a un capitalismo “malo” de los bancos, para ganar unas elecciones. Allí, buena parte de los que nos reconocíamos como activistas radicales, revolucionarios, dejamos solo a una parte del proletariado y de la clase media rápidamente proletarizada ante unos arribistas que se aprovecharon de la situación. Una buena lección.



El segundo, más actual, es la dinámica que el Sindicat de Llogateres dio lugar para la aprobación de la ley de regulación de alquileres en Cataluña. Nuestra lectura es clara: allí se dio una primera instrumentalización cuando ERC pone la idea de la ley y el Sindicat de Llogateres la empieza a negociar con ellos, convergen intereses. Los primeros quieren aprovechar el clima social tensado alrededor de la vivienda para marcar perfil de izquierdas y tensar a sus socios más de derechas; el sindicato quiere imponer la prioridad estratégica al resto del movimiento y erigirse en agente reconocido por la administración. En los dos casos, en base a los esfuerzos de sostenimiento del conflicto cotidiano por parte de PAH y sindicatos locales. La segunda instrumentalización, ya afecta al mismo Sindicat de Llogateres. La ley dura 6 meses y cae tumbada por el Tribunal Constitucional. Su

repercusión entre los inquilinos es limitada y la fuerza que da al movimiento cuestionable, como mucho le da iniciativa a SLL para movilizarse. Pero para ERC es material de campaña, para denunciar una vez más el ataque a las instituciones catalanas, y de paso gana las siguientes elecciones. Más tarde, elementos quedan incorporados en la Ley Vivienda del PSOE, pero mucho más descafeinados.

Así vemos cómo los esfuerzos del movimiento se transforman en una iniciativa legislativa sobre la que una parte no tienen ni control, el beneficio de tal ley es limitado tanto cuantitativamente como cualitativamente y no hay una lectura clara de cómo esta ley beneficia a la acumulación de fuerzas del movimiento en general. Finalmente, en desproporción, contribuye a la campaña política de partidos socioliberales y socialdemócratas y a sus artimañas electorales.



Cómo te organizas y cómo se relacionan entre sí distintas luchas no son cuestiones independientes del planteamiento estratégico

Lucía: Evidentemente, todos los límites que planteamos antes no se pueden separar de lo estratégico: cómo te organizas y cómo se relacionan entre sí distintas luchas no son cuestiones independientes del planteamiento estratégico; al contrario, aunque hay que aterrizarlo en el contexto concreto, estas cuestiones se deducen de la estrategia. Es absurdo plantearse el “cómo” sin tener claro el “para qué”.

Por ejemplo, organizaciones como el Sindicato de Inquilinas plantean de forma reiterada que el debate “realmente importante” es el organizativo, al mismo tiempo que afirman que están superando estos límites que mencionaba, haciendo referencia a cuestiones organizativas o tácticas a menudo muy útiles, pero que para nada resuelven la cuestión estratégica.

En cualquier caso, es una característica general del anterior ciclo político tenerle cierto miedo al debate político, como si automáticamente nos fuese a llevar a una espiral de debates académicos, provocar una escisión tras otra o hacernos caer en una radicalidad autorreferencial que nos llevase a la marginalidad, hasta el punto que incluso muchos militantes que se consideran revolucionarios ven como positivo la convivencia de perspectivas revolucionarias y reformistas en un mismo movimiento, sin ver problemática la incapacidad de plantear debates profundos y un programa propio. Todo son programas de mínimos, además muy difusos, de forma que se deja en bandeja a la socialdemocracia integrar esas reivindicaciones en su programa general. Y es importante resaltar que esa carencia estratégica no se resuelve solo desde lo organizativo, creando un espacio para esos debates en el movimiento. Hablar de una estrategia para el movimiento de vivienda es una contradicción, porque una estrategia es por definición algo integral. A los sectores más radicales les parecerá una obviedad que digamos que el problema de la vivienda no se puede superar sin superar el capitalismo. Pero es que decirlo tiene implicaciones. Primero, que la estrategia tiene que estar enfocada a esa superación. Y segundo, que eso no puede ser una tarea exclusiva de las luchas por la vivienda, ni una suma de “estrategias parciales”, sino que tiene que pensarse de forma integral, desde la totalidad.

Por poner un ejemplo reciente de esa instrumentalización, podemos pensar en la acción que se realizó hace poco cubriendo la lona de Desokupa con el lema “Ni alquileres, ni hipotecas, ni deudas. Vivienda gratuita, universal, de calidad y bajo control obrero”, que ya indica que se están abriendo debates importantes que serían impensables hace unos años.

A pesar de la claridad del mensaje, incluso esta acción fue instrumentalizada por partidos socialdemócratas como Podemos para hablar de una “sociedad civil” que demandaba medidas en vivienda a un gobierno que debía ser valiente para implementarlas. ¿Por qué pudo ocurrir eso? Igual que la independencia política no es una cuestión meramente organizativa, tampoco es meramente discursiva. Hay quien podría pensar que por poner mensajes más radicales ya no íbamos a ser instrumentalizados por ellos. Pero es que no se trata solo de eso; tienes que tener un análisis y un discurso propio, sí, pero también la fuerza material para transmitirlo sin pasar por su filtro, así como un proyecto integral en torno al cual acumular fuerzas. Crecer sí, pero ¿para qué? Si carecemos de proyecto propio alimentamos el de otros, ese vacío lo llena la socialdemocracia, filtrando o incluso deformando las consignas si hace falta. También hay otros ejemplos, quizá más evidentes, como el que ya hemos mencionado de la Ley de Vivienda, o el salto que han dado algunas caras visibles del movimiento de vivienda a partidos como Podemos. Esto, por supuesto, ha sido criticado por algunos sectores, muchas veces desde el moralismo y la autocomplacencia, señalando la traición. Pero hay que decir también que la propia debilidad y práctica del movimiento lo favorecía: si gran parte de la actividad consiste en hacer reivindicaciones al Estado, es incluso lógico que haya quien dé el paso de intentar implementarlas desde dentro. De nuevo, el problema de fondo es estratégico.

Urge romper con la convivencia entre la política de la clase media y los intereses del proletariado

¿Consideráis que el concepto “movimiento por la vivienda” sigue siendo un concepto políticamente válido?

Álex: En base a todo lo dicho hasta ahora, la reflexión que compartimos la militancia socialista que formamos parte de la lucha por la vivienda es clara: creemos que el movimiento por la vivienda sigue existiendo políticamente, pero que urge una enmienda grande para romper el influjo ideológico de la lógica socialdemócrata y movimentista en este. Urge romper con la convivencia entre la política de la clase media y los intereses del proletariado, que acaba concretándose, por ejemplo, en pactos como el de la Ley Vivienda, donde se benefician los intereses de cierta clase media rentista en algunos de sus artículos, y el hecho flagrante de que para el proletariado que están expulsando de su casa tal ley no tiene efectos, ni para los desahucios.

Nosotros proponemos el horizonte estratégico del proceso socialista y su traducción para las luchas económicas; un horizonte de autodefensa de un proletariado y capas de la clase media que van cayendo, aún con mucha dispersión y poca articulación política. Queremos desarrollar estas discusiones con el movimiento como militantes socialistas en vivienda, interpelar al resto de la gente que participa en vivienda y ver hasta qué consecuencias lleva eso.

Al mismo tiempo, entendemos el momento de ofensiva burguesa que se está dando y de retroceso del movimiento; por ello, es importante que tales discusiones vayan acompañadas de la capacidad de generar dinámicas, acuerdos tácticos, de afrontar las movilizaciones o coyunturas que se puedan dar de manera unitaria, pero, por nuestra parte, deberá ser desde la independencia política consciente, no basada en una unidad abstracta sin base estratégica, o que si la tiene, es de forma velada la estrategia de la clase media, es decir, de la socialdemocracia. Algo así es lo que está en discusión, aun de forma poco clara, en el espacio del *2n Congrés d'Habitatge* (Segundo Congreso de Vivienda) que lleva en gestación todo este curso pasado.

Por eso creemos que la táctica y su validez se debe probar en la práctica. Y esto vale para nosotros también, para recordarnos que la mayor fuente de legitimidad de aquello que proponemos es que se respalde en sindicatos funcionales, no en el aire o el papel. Pero al mismo tiempo, nadie debe caer en la trampa de los que insisten en discutir en las tácticas, pero no aún no han respondido cuál es su estrategia. Porque a quien no le interesa discutir sobre estrategia es o porque no la tiene, o porque la suya es la dominante que se impone de manera implícita.

Lucía: De momento, lo cierto es que describe una realidad: la lucha por la vivienda toma aquí la forma de movimiento social, con múltiples actores sin vínculos organizativos sólidos, sin una cohesión política ni estratégica, que se asume como lucha sectorial, etc. Al mismo tiempo es evidente, por todo lo que ya he ido comentando, que muchas de estas características son límites a superar. De hecho, resulta difícil, por no decir imposible, imaginar que se puedan superar manteniendo la forma de movimiento social; son características que van implícitas.

Aquí habría un tema que no hemos tocado aún y que tiene mucho que ver con esto, que es: ¿cuál es el sujeto de la lucha por la vivienda? En muchas ocasiones se dio por obvio, “quienes tienen un problema de vivienda”. Es algo que también va implícito en la idea de “movimiento de vivienda”, ya que surge no de unos planteamientos políticos concretos sino de una problemática compartida, donde sectores de clase muy distintos entre sí hacen frente para conseguir ciertas mejoras inmediatas en ese ámbito concreto. Pero la pregunta “¿qué es tener un problema de vivienda y quiénes tienen ese tipo de problemas?” rara vez se ha abordado en profundidad; en lo discursivo unas hablaban de okupas, otros de familias vulnerables, obreros, inquilinos, los barrios, las vecinas... Pero en la práctica, el movimiento de vivienda lo ha entendido de forma muy limitada: quienes se enfrentan a un desahucio, o a una subida “abusiva” del alquiler que apunta a un futuro desahucio. La burbuja del alquiler, y la cronificación de la crisis en general, hizo más evidente todavía que el problema de la vivienda es algo más complejo y amplio: jóvenes que no se pueden independizar, tener que destinar al alquiler o la hipoteca un porcentaje altísimo de los ingresos, distintas formas de violencia por parte de los propietarios, criminalización de la okupación, hacinamiento... En definitiva, que una necesidad tan básica como la vivienda sea una mercancía. Y esto evidentemente no afecta a una minoría especialmente precarizada, sino en mayor o menor medida a capas muy amplias.



El problema viene cuando hay que plantearse cómo se llega a toda esa gente. Aquí es donde empiezan las confusiones. Por un lado, se tiende a asumir que tener un proyecto de mayorías implica necesariamente tener un discurso más moderado, y viceversa, que un discurso radical implica caer en la marginalidad, porque asusta a la gente o no va a ser entendible. Y así se habla por ejemplo de “vivienda pública” (sin analizar el grado de utopía que hay en exigir esto al Estado en un capitalismo en crisis, ni valorar qué estamos queriendo si esta es nuestra demanda final) o “alquileres justos” que naturalizan la vivienda como mercancía. ¿Desde qué perspectiva se puede decir que algo como el alquiler puede ser “justo”? Como si hablar de “vivienda gratuita” fuese incomprensible para la gente. De esa forma, tratan de adaptarse al sentido común de mayorías ya existentes para relacionarlo con su proyecto (estrategia que, por cierto, comparte la nueva socialdemocracia populista, con su visión reduccionista de qué es la hegemonía), en lugar de generar uno nuevo en torno a su programa. Además, esto te hace perder el control de tu línea política, porque si ese sentido común varía, tu línea varía con él: vas a la deriva.

Para nosotras, querer organizar a los hipotecados, al inquilinato, a las okupas, o a todos ellos, no supone que no exista un sujeto que permita enfocar estas luchas desde la totalidad: el proletariado revolucionario. No por ningún tipo de obrerismo, sino porque, al ser quien sufre la mayor desposesión, las soluciones que formulemos en torno a sus intereses son las que nos sirven como solución universal, en lugar de articularlas en torno a intereses inmediatos de determinados sectores de la clase a costa de otros, o de mantener los términos de la relación de clase.

Y es curioso porque cuando lo decimos, hay quienes contestan “no, pero es que los inquilinos son proletarios”. A veces incluso se justifica con la analogía de que pagar un alquiler es una relación de explotación, cuando esto es falso. Esa misma “okupa” o “inquilina” se puede organizar como tal o como proletaria. Es una elección política, eliges qué sujeto construyes. Sobre todo, porque no se trata simplemente de organizar al proletariado sociológico, sino de organizarlo entorno a un programa de superación del capitalismo: el programa comunista. Que una organización esté formada por el proletariado sociológico no significa que vaya a aportar a la independencia política del proletariado. ¿Un equipo de fútbol formado por proletarios lo hace? No se trata simplemente de aumentar la fuerza de los inquilinos en su conflicto con los propietarios, sino de, a través de este, alterar los términos en que se da ese conflicto, alterar la propia relación, negando la propiedad privada. Por eso el sujeto es el proletariado revolucionario. Un sujeto que no se puede “ir a buscar” a ninguna parte, sino que se construye políticamente. Ese es el reto hoy.



No se trata simplemente de aumentar la fuerza de los inquilinos en su conflicto con los propietarios, sino de, a través de este, alterar los términos en que se da ese conflicto, alterar la propia relación, negando la propiedad privada



Precisamente, en el contexto de ofensiva capitalista que vivimos, es previsible que los próximos años la vivienda sea un foco de conflicto social de gran centralidad. ¿Qué retos deberían abordarse para conseguir que la lucha por la vivienda alimente un horizonte de emancipación universal?

Álex: Como prioridad inmediata, si queremos que los sindicatos sigan siendo herramientas útiles para el proletariado, debemos modificar ciertas partes de su estructura y métodos de trabajo que eran propios de los de un movimiento social movilizad. Hay que solidificar nuestras estructuras o nos barrerán. Hay que tener capacidad de maniobrar tácticamente a la defensiva de manera correcta en el contexto que se abre.

De fondo y en paralelo, hay que reconducir un error cometido: el haber asumido la neutralidad política de los sindicatos como algo positivo. Esta es una discusión histórica del sindicalismo y de la concepción comunista revolucionaria de la intervención en los sindicatos. La neutralidad de los sindicatos solo beneficia a la proliferación de burócratas, al mantenimiento de la hegemonía socialdemócrata que se hace pasar por neutral o, en la peor de las instancias, a la integración directa en el estado. En nuestra época, la neutralidad de los sindicatos viene determinada por la forma movimiento social y el anticapitalismo abstracto que se hacen paradigmas mayoritarios a partir del ciclo 15M. Hemos de romper con ello. A nadie le rechina que LAB sea un sindicato laboral abertzale, que la CGT sea una central sindical anarcosindicalista, pero, en cambio, ha habido un sentido común fuerte en el movimiento por la vivienda de rechazo del marcaje ideológico y político; hasta nosotros en muchos periodos hemos contribuido a ello. Que en la lucha por la vivienda se asuma una orientación ideológica o estratégica clara es un

paso adelante y la militancia socialista nos proponemos la tarea de impulsarlo. Eso sí, claro, proponiendo y demostrando que nuestro paradigma ideológico y estratégico es el más certero, entendiendo que el principio de guerra cultural por la rehegemonización del comunismo en una lucha por la vivienda no significa ahora hacer propaganda en los desahucios y ya. Al contrario, debemos entender que un sindicato funcional es aquel que es eficiente para cubrir las necesidades de nuestra clase, pero que a la vez empuja hacia la acumulación de fuerzas socialista en la posibilidad que nos lo permite la coyuntura más histórica; no que empuja para que se beneficie electoralmente tal partido o para que una fracción concreta de la clase trabajadora mejore sus condiciones corporativamente a costa de estratos más bajos. Hay que plantearlo con humildad. Esos serían unos primeros pasos para que el espíritu revolucionario del movimiento por la vivienda entronque con las posibilidades de su realización, más allá del voluntarismo.

Asimismo, todo lo dicho ha de acompañarse de la preparación para un eventual retorno de momentos de auge de la problemática y la movilización, en su dimensión más espontánea y no mediada. Justamente, para presentar nuestra concepción de los sindicatos y la lucha por la vivienda como herramientas y explicaciones útiles, como una vía factible a través de la que articular lo que pueda pasar con una nueva epidemia de impagos hipotecarios o con la caída en el umbral del desahucio forzosos a todos aquellos inquilinos que han ido trampeando las subidas de alquiler o se han trasladado a zonas menos caras. Si no lo hacemos nosotros, lo hará el nuevo invento de la pata movimentista de los partidos de izquierdas; y si no hay organización, se alimentarán las pulsiones reaccionarias. ●

HISTORIA
REPORTAJE

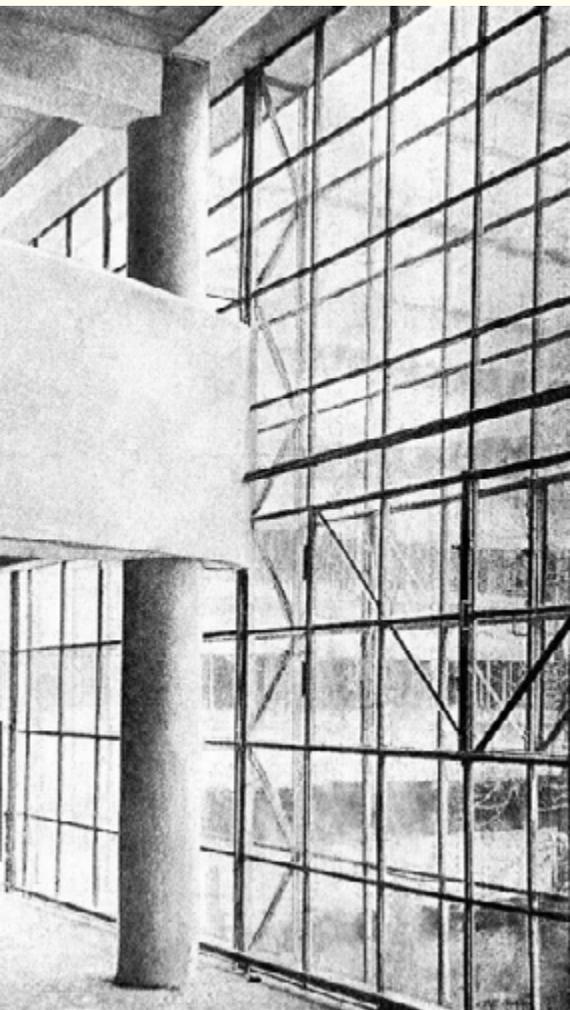
La toma del poder y el problema de la vivienda en la década de 1920

Un repaso a la *Viena Roja* y el
condensador social Narkomfin

*

Xabier Najarro





El problema de la vivienda siempre ha sido central en el seno del socialismo: utópicos como Fourier u Owen veían en sus falansterios y colonias, respectivamente, la solución a esta cuestión; Engels defendía que “es la solución de la cuestión social, es decir, la abolición del modo de producción capitalista, lo que hace posible la solución del problema de la vivienda” [1]; la requisita de viviendas fue una medida tomada tanto por la Comuna de París como por los bolcheviques al llegar al poder, etc. A lo largo de la década del 20 del siglo pasado, con la llegada al poder de partidos socialistas de distinto signo, el debate sobre la forma de la ciudad socialista, la cuestión de la vivienda y las distintas vías para solucionarlo pasaron a un primer plano.

El propósito de este artículo es atender brevemente a algunas de estas experiencias. Por un lado, se repasará el vasto programa de vivienda ejecutado durante quince años después de la Gran Guerra por el ayuntamiento socialdemócrata de Viena. Por el otro, se reparará en el proceso que concluyó en la construcción de un edificio experimental soviético que pretendía crear un nuevo estilo de vida radicalmente comunitario. Estas experiencias representan intentos originales de abordar, con sus méritos y evidentes límites, un problema que se arrastra hasta nuestros días.





EL PROGRAMA DE VIVIENDA DE LA VIENA ROJA

Tras la Primera Guerra Mundial y la desaparición del imperio austrohúngaro, el 12 de noviembre de 1918 nace la República de Austria Alemana. En febrero de 1919 se celebraron unas elecciones que decidirían qué gobierno sustituiría al provisional formado por representantes de los tres partidos mayoritarios: el socialcristiano, el socialdemócrata (SDAP) y el nacionalista alemán. Si bien el SDAP salió victorioso, tuvo que conformar gobierno con los socialcristianos en marzo. En los meses siguientes la prioridad fue intentar evitar el colapso económico y la hambruna en un país “cuyas provincias habían sido las más pobres en recursos naturales y las más caras de mantener de entre todos los territorios de la vieja monarquía” [2].

El SDAP estaba liderado intelectualmente por los austromarxistas, entre los que se encontraban Max Adler, Otto Bauer, Karl Renner y Rudolf Hilferding. Su objetivo antes de la guerra era el de democratizar el Imperio y convertirlo en una federación de estados-nación. Por otra parte, destacaban por tener una línea política “independiente”: intentaron fundar una “nueva Internacional Socialista que no estuviera alineada ni con Moscú ni con la línea del SPD berlinés”, defendiendo “la idea de un ‘socialismo integral’” cuya pretensión era “aunar, con el tiempo, lo mejor de la socialdemocracia y del comunismo” [3].

En la coyuntura en la que se encontraba la naciente república, las posibilidades de una revolución comunista eran reales, más teniendo en cuenta lo que había ocurrido en las vecinas Baviera y Hungría, donde se establecieron repúblicas soviéticas en la primavera de ese mismo año. El SDAP temía que los consejos obreros existentes en su territorio tomaran un rumbo parecido, por lo que, además de crear el *Volkswehr* (“defensa popular”) –un ejército conformado por veteranos de guerra–, mantuvieron a los consejos, en los que los comunistas eran una minoría, bajo un estricto control [4]. Por lo tanto, aunque quisieran desmarcarse de la socialdemocracia alemana, actuaron en una línea parecida neutralizando la amenaza comunista; el SDAP, que tenía la capacidad de contener a las masas, actuó como un partido contrarrevolucionario comprometido con la defensa de la República.

Hacia 1920 la posibilidad de una revolución comunista había cesado en Austria, los socialcristianos tomaron el control de la Asamblea Nacional y el peso del SDAP en la política estatal fue disminuyendo. Sin embargo, en la capital los socialdemócratas habían ganado las elecciones municipales de 1919 con un 54% del voto [5]. En esta tesitura, el SDAP se replegó en el que era su feudo, centrándose en desarrollar sus políticas a nivel municipal. Así es como nació el periodo comprendido entre 1919 y 1934 conocido como la *Viena Roja*.

Viena estaba sumida en una crisis de vivienda que la guerra agravaría.





Las medidas más inmediatas tomadas por el SDAP cuando llegó al poder tuvieron que ver con el control del mercado privado, controlando el precio de los alquileres y requisando y asignando viviendas infrautilizadas



La escasez y los altos alquileres eran los principales problemas, provocando que, ya en 1912, más de 550.000 personas hubieran estado alguna vez en albergues temporales para personas sin hogar. El estallido de la guerra frenó la construcción de viviendas e hizo que muchas de las unidades fueran reconvertidas para otros propósitos. En 1918 la tasa de viviendas vacantes era prácticamente cero, mientras que en septiembre de 1919 tan sólo había 105, las cuales no cumplían con las condiciones para ser ocupadas [6]. No es de extrañar que en esta tesitura las viviendas estuvieran superpobladas. Tras el final de la guerra, la crisis se acentuaría con la llegada de soldados y refugiados a la capital en busca de cobijo. Teniendo en cuenta el papel estabilizador que cumplía el SDAP, el problema de la vivienda sería central; las políticas planteadas por el partido para atajar la crisis debían evitar que se subvirtiera el orden establecido.

El programa llevado a cabo por el consistorio socialdemócrata tuvo diferentes líneas. Las medidas más inmediatas tomadas por el SDAP cuando llegó al poder tuvieron que ver con el control del mercado privado, controlando el precio de los alquileres y requisando y asignando viviendas infrautilizadas. El control del precio de los alquileres hizo que este bajara –el alquiler pasó de rondar el 25% del ingreso medio de un trabajador antes de la guerra a un 4% en 1922–, pero había problemas como la escasez de viviendas y el hacinamiento en ellas a las que esta medida no podía hacer frente. El sistema de requisamiento pretendía superar estas debilidades: el exceso de propiedades era motivo de requisamiento, y sólo se podía evitar pagando una multa que costeara la construcción de nuevas viviendas municipales. De esta manera, fueron requisadas 44.838 viviendas de un total de algo más de 500.000, llegando a ser asignadas 9.385 en un año [7]. La asignación de viviendas estaba basada en la necesidad y tenía en cuenta factores como el tamaño de la casa o la salud de las inquilinas.

Con todo, el número de viviendas infrautilizadas no podía satisfacer la gran demanda existente en Viena. En ese momento los asentamientos informales crecían a las afueras de la ciudad [8], y aunque en un primer momento nacieran de manera espontánea, por pura necesidad, el ayuntamiento apostó por otorgarles un estatus legal y facilitarles los recursos materiales y técnicos para que mejoraran la condición de sus viviendas. No sólo eso, también apoyó a las cooperativas que nacieron de esta situación. La titularidad de estas viviendas construidas con recursos públicos fue después transferida al ayuntamiento.

A partir de 1923, tras el efecto insuficiente de las medidas anteriores y la estabilización de la moneda austríaca, el SDAP apostó por la edificación de viviendas municipales (*Gemeindebauten*) a gran escala, algo que además generaría empleo, ayudando a paliar las altas tasas de paro. En febrero de 1923 se lanzó el primer programa de vivienda cuya construcción se realizó en un tiempo récord: para final de año se construyeron 2.256 viviendas cuando

Con la integración de estos servicios en su infraestructura, los *Höfe* apuntaban a un nuevo modo de vida; la vivienda social vienesa no sólo cumplía un papel práctico, sino también ideológico

tan sólo se habían planeado 1.000. Este éxito llevó a la elaboración del primer plan quinquenal de construcción de vivienda, que fue anunciado ese mismo otoño y contemplaba la construcción de más de 25.000 viviendas en 5 años. Superado con creces, a finales de 1926 el ayuntamiento añadió otras 5.000 adicionales al plan. Para finales de 1927 sólo faltaban por construir 2.378 de las 30.000 viviendas planeadas, y había otras 6.000 en construcción, y pese a que ese mismo año se anunciara el segundo plan quinquenal, factores como la tensión política o la depresión económica global imposibilitaron la finalización de las otras 30.000 viviendas previstas para 1933^[9]. Aun así las cifras del programa de vivienda vienes del SDAP no dejan de ser llamativas: entre 1919 y 1934 el consistorio construyó 63.294 nuevos domicilios nuevos en Viena, lo que significa que una de cada diez viviendas era una nueva creación de las instituciones públicas y que casi 200.000 vieneses residían en ellas^[10].

La financiación para costear este titánico proyecto a fondo perdido provino, principalmente, de los impuestos recaudados. En este aspecto, la estrategia de los socialdemócratas se caracterizó por los “impuestos a los bienes



de lujo más que a las necesidades” –por lo que no sorprende que “los servicios municipales que suponían una necesidad para la mayoría tuvieran unas tasas bajas o nulas”–; “una fuerte progresividad en los tipos, así como en la selección de las fuentes de ingresos que debían gravarse” y una “asignación de fondos” que permitía saber a qué se dedicaban exactamente los impuestos recaudados^[11]. En este sentido, el impuesto con el que se cubría la mayor parte de los gastos era el “Impuesto para la Construcción de Viviendas” (*Wohnbausteuer*), un impuesto progresivo aplicado a los cánones de alquiler decretado en 1923.

Volviendo a las características de las viviendas, el tipo de asentamiento que predominó en la *Viena Roja* fue el de los *Höfe* (patios), superbloques equipados que se insertaron en el tejido existente de la ciudad, frente a los *Siedlungen*, formados por casas unifamiliares. Estos bloques, que podían albergar miles de apartamentos, fueron construidos en el anillo de circunvalación de la ciudad, lo que acabó conociéndose como la “*Ringstrasse* del proletariado”. Otras características de estos monumentales edificios son sus entradas principales, que dan amplios patios con zonas verdes. Asimismo, aunque los apartamentos de los *Höfe* eran pequeños y estaban mínimamente equipados, albergaban dentro de sí multitud de servicios colectivos que apuntaban hacia la autosuficiencia de las comunidades que vivían en ellos: “en los *Gemeindebauten* el énfasis se puso en las instalaciones públicas, comunales, como lavanderías con moderno equipamiento, casas de baños con bañeras y duchas (algunas incluso con baños turcos y piscinas), guarderías, escuelas infantiles, clínicas, bibliotecas, talleres de carpintería, salas de reunión, teatros e incluso cines”^[12].

Por lo tanto, con la integración de estos servicios en su infraestructura, los *Höfe* apuntaban a un nuevo modo de vida; la vivienda social vienesa no sólo cumplía un papel práctico, sino también ideológico. El más grande y famoso de los 400 bloques construidos, que solían nombrarse a partir de célebres políticos y autores, es el Karl-Marx-Hof. Diseñado por Karl Ehn –arquitecto discípulo de Otto Wagner que acabaría trabajando para los nazis–, fue construido entre 1927 y 1930. Este complejo de edificación perimetral tiene 1,2 km de largo y bloques de 4 a 6 pisos de altura. Tiene aspecto de fortaleza, y “con su serie de entradas arqueadas y torres coronadas por astas de bandera que parecen avanzar de la mano hacia un futuro glorioso”, hay quien lo considera “el equivalente arquitectónico de una manifestación de masas”^[13]. En él se construyeron 1.380 viviendas para aproximadamente 5.000 personas. Los apartamentos oscilaban entre los 30 y los 60 m², con una o dos habitaciones, un salón, una cocina y un lavabo pequeños. Pese a su tamaño, la disposición con la que fueron diseñados los hacía luminosos y aireados. En la línea del resto de casas comunales, el complejo multifuncional albergaba multitud de servicios –guarderías, biblioteca, clínica dental, dos casas de baños, dos lavanderías, etc.– en sus plantas bajas y patios^[14].

Pese a todo, el poder del SDAP era ilusorio: Viena estaba aislada respecto al resto de Austria, donde dominaban fuerzas más reaccionarias que veían con recelo las medidas tomadas por los socialdemócratas. La breve guerra civil de 1934 acabó con la *Viena Roja*. Los *Höfe* sirvieron como bastiones de defensa contra los austrofascistas; el propio Karl-Marx-Hof fue bombardeado por el ejército. Hoy, algunos de ellos siguen funcionando como viviendas municipales.

EL CONDENSADOR SOCIAL NARKOMFIN

Tras la Revolución de Octubre, el gobierno soviético, que todavía estaba sumido en la guerra contra los blancos, se vio ante la difícil tarea de proveer de vivienda a sus habitantes. En 1918 se aprobaron dos decretos que apuntaban en esa dirección: el “Decreto para la nacionalización de la tierra” y el “Decreto para la abolición de la propiedad privada de inmuebles en las ciudades”. Así, se dio comienzo a la socialización de las casas de la burguesía, lo que permitió hacer frente a las malas condiciones en las que se encontraba la clase trabajadora ^[15]. Esta inmediata medida, así como la construcción de nuevas viviendas, tenía claras limitaciones: en esa tesitura era imposible dotar a cada familia de una vivienda convencional; las nuevas construcciones, “aunque incluían programas colectivos, no dejaban de ser copias disminuidas de la vivienda burguesa de comienzos del siglo XX”, y los postulados teóricos sobre los que sustentaban los soviéticos “apuntaban la necesidad de ir más allá (...), la vivienda debería poder adaptarse a la nueva forma de vida, propiciando al mismo tiempo su transformación ^[16].”

Luego no se trataba únicamente de proveer apartamentos de estilo burgués para alojar a varias familias: había que elaborar una nueva concepción de vivienda. Es decir, las nuevas casas soviéticas debían ayudar a transformar el modo de vida (*byt*). Frente a las casas unifamiliares y bloques residenciales multifamiliares –modelos más bien convencionales– que predominaron desde principios hasta mediados de la década de 1920, era necesario buscar nuevas soluciones para gestionar el rápido crecimiento demográfico vivido en las ciudades que la Nueva Política Económica (NEP) trajo consigo. En este contexto, se dieron varios concursos de arquitectura para experimentar con el diseño de las casas comunales como son los promocionados por el Soviet de Moscú en 1922 para diseñar dos esquemas de casas obreras y en

1925 para liberar a la mujer del ámbito doméstico ^[17].

A pesar de que en estos concursos no hubo una gran participación, la investigación no quedó ahí. En 1925 se fundó la Asociación de Arquitectos Contemporáneos (OSA), formada por arquitectos de vanguardia vinculados al constructivismo. Liderada por Moisei Ginzburg y los hermanos Vesnin, se convertiría en uno de los grupos más influyentes de la arquitectura soviética e internacional de la década de 1920, publicando sus estudios en la revista *Sovremennaya Arkhitektura* (Arquitectura Contemporánea). El compromiso del grupo con la renovación de la arquitectura iba ligado a su compromiso político: pretendían, mediante sus proyectos, colaborar en la construcción de la nueva sociedad. Para la OSA, “la arquitectura tiene por objeto la edificación de un marco de vida nuevo que refleje las aspiraciones de la sociedad socialista y que a su vez influya sobre la propia sociedad” ^[18]. Aquí es fundamental el concepto de *condensador social*, nuevas estructuras que reunirían diferentes funciones dentro de ellos en aras de la colectivización de la vida, convirtiéndose así en “el molde y el instrumento de la transformación social” ^[19]. Evidentemente, esto no quiere decir que ingenuamente defendieran que vivir en un nuevo tipo de estructura bastara para transformar completamente el modo de vida: eran conscientes de que el grado de desarrollo económico limitaba cualquier posible transformación. Entre estas estructuras que debían tanto plasmar las nuevas relaciones sociales como incentivarlas se podían encontrar clubes obreros, viviendas –que es lo que aquí nos concierne– y, en última instancia, la ciudad en su conjunto.

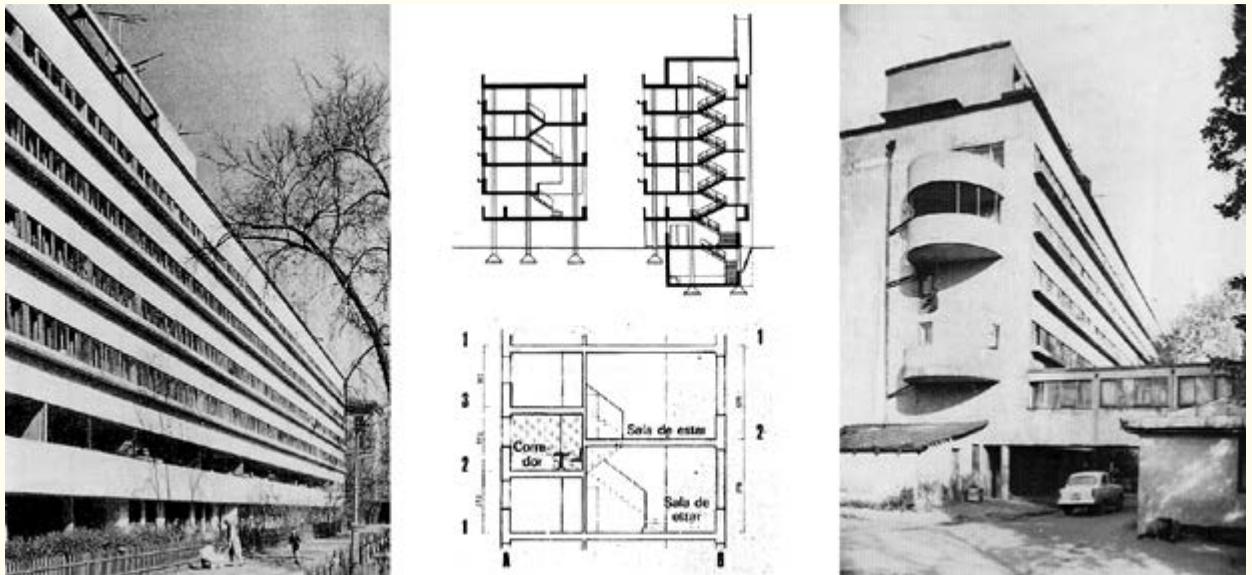
En 1926, la OSA, a través de su revista, anuncia un concurso amistoso entre sus miembros en el que se trataría el diseño de la vivienda obrera y también realiza dos encuestas sobre la casa-comuna dirigidas a futuros inquilinos y a técnicos. Todas las propuestas recibi-

das para el concurso se decantaban por una colectivización comedida, transicional, lo que demuestra que estaban diseñadas para la realidad del momento, convirtiendo a estos arquitectos en “los profesionales más preparados del régimen para definir nuevos modelos transitorios capaces de inducir el paso hacia el nuevo orden” ^[20].

Debido al interés suscitado por todo esto, en 1928 se creó, dentro del *Stroikom* (Comité para la Construcción), un departamento para la estandarización de la vivienda liderado por Ginzburg. En tres meses, diseñaron, por medio de una novedosa metodología, distintas células habitacionales que pretendían servir como modelos para la construcción en masa de nuevas viviendas en la URSS. Los resultados mostraron que la “miniaturización” de los apartamentos burgueses no era tan efectiva como se había creído y que la vivienda relativamente más económica era aquella cercana a los 50 m² con tres habitaciones, cocina y baño. Sin embargo, ese tipo de casa no era asequible para la gran mayoría de la población (alrededor de un 60%), por lo que la solución residió en la novedosa “célula de habitación de tipo F”, un “verdadero hábitat mínimo de 27 m² (30 m² en su versión mejorada)” que a pesar de apuntar hacia una vida comunitaria –tan sólo contaba con una habitación, una pequeña cocina, baño y ducha–, “conservaba los valores esenciales de toda clase de vida” como son “la intimidad de la vida de familia, la separación total con respecto a los vecinos, la posibilidad del aislamiento, etc.” ^[21]. Por consiguiente, el tipo F aparecía como la solución más asequible para alojar a la gran mayoría de la población a la vez que incentivaba un nuevo tipo de vida. Aun gozando de cierta popularidad, no se construyeron más que 6 edificios siguiendo los postulados del *Stroikom*, siendo el *Narkomfin* de Moscú el más notable.

Encargado por el Comisario de Finanzas Nikolay Miliutin, el complejo *Narkomfin* se construyó para alojar a 50 familias de trabajadores del Co-

No se trataba únicamente de proveer apartamentos de estilo burgués para alojar a varias familias: había que elaborar una nueva concepción de vivienda



En ella convivirían modelos diferentes de vivienda con la intención de que, con el tiempo, se diese una transición hacia la casa comunal total



misariado Popular de Finanzas en un total de 54 apartamentos. Ginzburg y Milinis fueron los arquitectos de este *condensador social* concebido como una casa experimental de tipo transicional. Es decir, en ella convivirían modelos diferentes de vivienda con la intención de que, con el tiempo, se diese una transición hacia la casa comunal total.

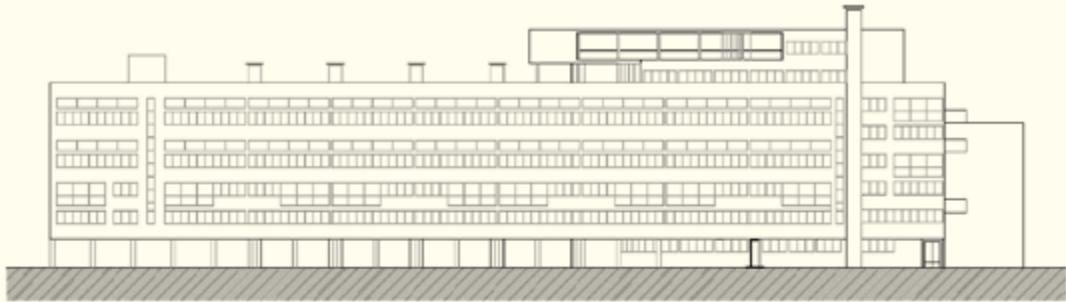
De este modo, en el bloque residencial horizontal –la estructura principal del edificio–, aparte de las ya citadas células del tipo F, también existían las células del tipo K y las 2-F. Las células del tipo F estaban diseñadas para una o dos personas y eran las más vanguardistas: equipadas con lo mínimo, no había separación entre la sala común y el dormitorio, de 5 metros de altura, siendo el baño y la ducha los únicos espacios cerrados. Estas células contaban con grandes ventanas que, al facilitar la ventilación y la luz natural, hacían que los inquilinos conectaran con el mundo que les rodeaba. Las células del tipo K estaban diseñadas para familias que no dependían de la comunidad, siendo autosuficientes y contando con una habitación más. No obstante, al igual que en las células de tipo F, en ellas se mantuvo la sala común y el dormitorio principal sin separación. De esta forma, lo que estaba a la vista en estos espacios domésticos “eran los aspectos idealmente socializados del resto del ámbito doméstico. Todo lo demás que no podía socializarse por razones de decoro o de conservación de los patrones burgueses se ocultaba a la vista dentro de estos espacios domésticos” [22]. Las células del tipo 2-F eran prácticamente iguales que los apartamentos burgueses: totalmente independientes y con todos los habitáculos separados por paredes. En este edificio también se encontraban el ático del comisario Miliutin y los dormitorios con

camas plegables y duchas compartidas que había en el último piso. Además, en el tejado había un espacio semicircular acristalado que hacía las funciones de sala común [23].

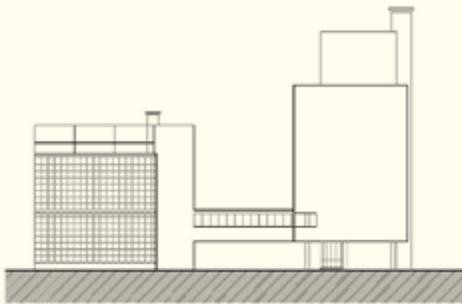
Pero el complejo del Narkomfin estaba compuesto por más edificios. El bloque comunal estaba conectado con el bloque de viviendas por un puente cerrado. En su primer piso había un gimnasio, vestuarios, una sala de descanso y almacenes, mientras que en el segundo se encontraba un comedor a doble altura –también había uno en la cubierta para verano–, la cocina, una sala de lectura y las instalaciones de servicio. La lavandería se encontraba en otro edificio separado. Asimismo, un cuarto edificio para el cuidado infantil fue planeado, pero nunca construido, por lo que esta labor fue desempeñada en la superficie libre del edificio comunitario [24].

El complejo se terminó de construir en 1930. Para ese momento la OSA se encontraba en decadencia y sus concepciones eran cuestionadas: la reforma del modo de vida estaba desapareciendo de entre las prioridades. Esto se reflejó en el Narkomfin, donde la necesidad hizo que los espacios diseñados cambiaran completamente de función, llegando a integrar apartamentos y habitaciones en lugares como el puente o el área de columnas que sostenían el bloque residencial. De esta forma, para cuando Ginzburg escribió su estudio crítico sobre el complejo en 1932, “la casa comunal de Narkomfin ya había sido relegada al basurero de la historia como una manifestación peculiar y arcaica de una época pasada” [25]. Actualmente, tras haber sido restaurado por el nieto de Ginzburg, alberga pisos de lujo.

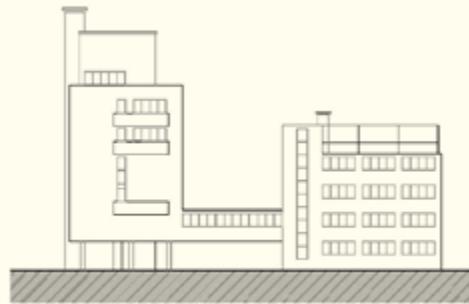
HISTORIA



Alpat oest



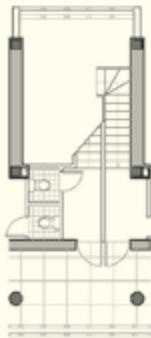
Alpat nord



Alpat sud



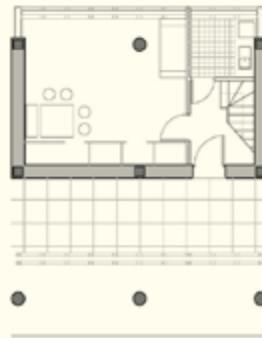
Eplan F - Nivel 1



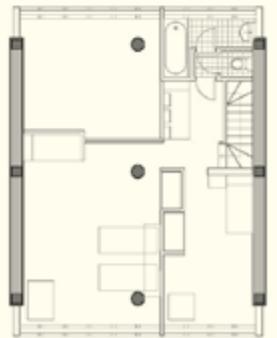
Eplan F - Nivel 2



Eplan F - Nivel 3



Eplan K - Nivel 2



Eplan K - Nivel 2



Puesto que es un punto indispensable para el libre desarrollo personal, la solución colectiva a las tareas necesarias para la reproducción de la vida ha de estar siempre presente en un programa de vivienda socialista



CONCLUSIÓN

A lo largo del texto se han descrito dos experiencias distintas, pero con ciertos puntos en común. El programa llevado a cabo por el SDAP en la capital austríaca estaba enmarcado en una estrategia claramente reformista. Pretendían, a través de sus reformas e instituciones, crear una cultura obrera (*Arbeitskultur*) que remodelara la cultura popular (*Volkskultur*)^[26], pero siempre comprometida con mantener el statu quo. El programa de construcción de vivienda era la punta de lanza de estas políticas enfocadas en transformar la forma de vida. Sin embargo, los *Höfe* no dejaron de ser lo que Tafuri denominó una “ciudad virtual”, y es que “el refugio se ofrece desde el principio como provisional: las orgullosas fortalezas rojas esconden a duras penas la contradicción que las conforma”; estos superbloques aceptan la ciudad tal y como es, “aspiran a una realidad distinta, de la que denuncian, por otra parte, la inalcanzabilidad”^[27]. En este sentido, los superbloques jamás estuvieron directamente gestionados por sus residentes, ni sus paredes pudieron contemplar jamás la supresión de la división sexual del trabajo^[28]. Como acertadamente afirma Engels, algo así sólo podría advenir con la abolición del modo de producción capitalista. Todo esto no ha de desmerecer el enorme avance que el programa de vivienda de la *Viena Roja* supuso para la clase obrera de un país que se encontraba en una situación tremendamente complicada. Como sugiere Magris, “los patios y los parterres poseen cierta melancólica alegría, hablan de los juegos de los niños que, antes de esas casas, habitaban en tugurios o en ratoneras sin nombre y del orgullo de las familias que en estas casas, por primera vez, tuvieron la posibilidad de vivir con dignidad, como personas”^[29].

La situación en la Unión Soviética era a todas luces diferente. El proyecto que concluyó en la edificación del Narkomfin no pretendía quedarse en los márgenes de la reforma: su objetivo era ayudar a la construcción de una nueva sociedad. Dicho de otra forma, la necesidad de transformar el modo de vida mediante estos nuevos condensadores sociales era una exigencia de la revolución. Ahora bien, el compromiso revolucionario de los arquitectos constructivistas de la OSA se topó con multitud de dificultades. No sólo es imposible construir viviendas de calidad en masa para transformar radicalmente el modo de vida a la par que hacer frente a los tremendos gastos de industrialización del plan quinquenal, sino que, además, en un país mayoritariamente agrario, es difícil acabar con concepciones y tradiciones arraigadas en materia de vivienda. En ese momento la población soviética no estaba preparada para dar el paso a una vida comunal; el ideal de vivienda al que más bien se aspiraba era al de las casas burguesas prerrevolucionarias. Es por esto por lo que los arquitectos de los años veinte llegaron “demasiado pronto y demasiado tarde”: demasiado pronto porque las condiciones objetivas imposibilitaban el nacimiento del “ciudadano ideal de la ciudad ideal”, demasiado tarde porque “había pasado la época de las experiencias y de una cierta irresponsabilidad (...) del sueño lleno de ilusiones de los años veinte se había pasado a las necesidades planificadas de los años treinta”^[30]. En definitiva, puede que el plan de estandarización de las viviendas comunales, con su ejemplo más notable en el Narkomfin, fuera un plan fallido, pero al intentar crear un nuevo hábitat, es interesante entenderlo, al igual que Buchli, como un “fallo productivo”^[31].

Para terminar, en cuanto a las similitudes, hay quien como Hatherley defiende que “Viena era la ciudad imitada” por los bolcheviques, algo que se puede captar en muchos de sus elementos arquitectónicos^[32]. Más interesante que comparar esculturas y ejes simétricos es aquí atender a una característica que en mi opinión ambas experiencias comparten: la importancia de la casa comuna. Tanto en los *Höfe* como en el Narkomfin, los espacios y equipamientos colectivos adquieren una dimensión esencial sin que por ello se elimine la intimidad. Puesto que es un punto indispensable para el libre desarrollo personal, la solución colectiva a las tareas necesarias para la reproducción de la vida ha de estar siempre presente en un programa de vivienda socialista. Obviamente, fórmulas sustentablemente progresistas como el *co-housing* o el *coliving*, que reflejan la imposibilidad del proletariado de acceder a una vivienda de calidad y le condenan a la miseria están lejos de la casa comuna, el condensador social que debe plasmar e incentivar las nuevas relaciones sociales. Por último, huelga decir que cualquier planteamiento para el desarrollo de un sistema de vivienda socialista ha de ser fruto de extensas investigaciones que le permitan adecuarse a la realidad del momento y no una copia dogmática de experiencias anteriores. ●

REPORTAJE



BIBLIOGRAFÍA

1. Engels, F., *Contribución al problema de la vivienda*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2006, p.55.
2. Blau, E., *The architecture of Red Vienna, 1919-1934*, The MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1999, p. 26. Todas las citas directas utilizadas en el artículo que provienen de un texto en inglés son de traducción propia.
3. Ducange, J.N., *La Viena Roja* en *Le Monde Diplomatique*, mayo 2022, disponible en: shorturl.at/PST89
4. Gruber, H., *Red Vienna: experiment in working class culture 1919-1934*, Oxford University Press, Oxford/Nueva York, 1991, pp. 19-20.
5. Blau, op.cit.
6. Marcuse, P., "The housing policy of Social Democracy: determinants and consequences" en Rabinbach, A. (ed.) *The Austrian socialist experiment. Socialdemocracy and austromarxism, 1918-1934*, pp. 201-221, Westview Press, Boulder, 1985.
7. Marcuse, P. "A useful installment of socialist work: housing in Red Vienna in the 1920s" en Bratt, R.G., Hartman, C. y Meyerson, A. (eds.), *Critical perspectives on housing*, pp. 558 – 585, Temple University Press, Philadelphia, 1986, p. 563.
8. En 1919 14000 unidades conformaban estos asentamientos, mientras que en 1921 el número ascendió a 30000. *Ibid.*, p. 565.
9. Blau, op.cit., p. 45.
10. Gruber., op.cit., p. 46.
11. Marcuse, P., "A useful installment...", p. 571.
12. Blau, op.cit., p.7.
13. Hatherley, O., "Socialism and Nationalism on the Danube" en *Places Journal*, mayo 2017, disponible en: shorturl.at/tBILT
14. Prokopljević, J., "Karl Marx Hof, la supermanzana de la Viena Roja" en *Veredes. Arquitectura y divulgación*, enero 2021, disponible en: shorturl.at/syJK3
15. Sólo en Moscú, entre 1918 y 1924, medio millón de trabajadores y sus familias fueron reubicados de esta manera. Bliznakov, M., "Soviet housing during the experimental years, 1918 to 1933" en Craft Brumfield, W., Ruble, B.A., (eds), *Russian housing in the modern age: design and social history*, pp. 85-148, Woodrow Wilson Center Press y Cambridge University Press, Cambridge, 1993, p.85.
16. Movilla Vega, D., Espejel Alonso, C., "Hacia la nueva sociedad comunista: la casa de transición del Narkomfin, epílogo de una investigación" en *Proyecto, Progreso, Arquitectura*, nº9, pp. 26-50, noviembre 2013, p. 27.
17. Movilla Vega, D., "Housing and Revolution: From the Dom-Kommuna to the Transitional Type of Experimental House (1926-30)" en *Architectural Histories*, 8(1): 2, pp. 1-16, 2020.
18. Kopp, A., *Arquitectura y urbanismo soviéticos de los años veinte*, Editorial Lumen, Barcelona, 1974, p. 128.
19. *Ibid.*, p.124.
20. Movilla, Espejel, op.cit., p. 38.
21. Kopp, op.cit., p. 169.
22. Buchli, V., "Moisei Ginzburg's Narkomfin Communal House in Moscow: Contesting the Social and Material World" en *Journal of the Society of Architectural Historians*, Vol. 57, No. 2, pp. 160-181, version online, junio 1998, p. 171.
23. Buchli, V., *An archaeology of socialism*, Berg, Oxford, 1999, pp.73-74.
24. Movilla, Espejel, op.cit., pp 46-48.
25. Buchli, V., "Moisei Ginzburg's...", p. 177.
26. Blau, op.cit., p.6.
27. Tafuri, M., "Das Rote Wien. Política y arquitectura residencial en la Viena socialista" en *Arquitectura: Revista del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid (COAM)*, nº 278-279, pp. 16-41, 1989, pp. 37-39.
28. Marcuse, P., "A useful installment...", p. 574.
29. Magris, C., *El Danubio*, Anagrama, Barcelona, 2019, p.181.
30. Kopp, op.cit., p. 248.
31. Buchli,V., "The social condenser: again, again and again—the case for the Narkomfin Communal House, Moscow" en *The Journal of Architecture*, 22:3, pp. 387-402, 2017, p. 388.
32. Hatherley, O., *Paisajes del comunismo*, Capitán Swing Libros, Madrid, 2022, p. 45.

Publicación

SEPTIEMBRE DE 2023

EUSKAL HERRIA

**Coordinación,
redacción y diseño
GEDAR LANGILE
KAZETA**

**Web
GEDAR.EUS**

**Redes sociales
TWITTER E
INSTAGRAM
@ARTEKA_GEDAR**

**Contacto
HARREMANAK@
GEDAR.EUS**

**Suscripción
GEDAR.EUS/
SUSCRIPCION**

**Edición
ZIRRINTA
KOMUNIKAZIO
ELKARTEA
AZPEITIA**

**Depósito legal
D-00398-2021**

**ISSN
2792-453X**

Licencia



arteka